

LitEraTuRA
UNIVERSAL

CLÁSICOS

Arte de amar

Ovidio



susaeta

LitEraTuRA UNIVERSAL

CLÁSICOS

Arte de amar

Ovidio

susaeta

Título original: Ars amatoria

Diseño y maquetación: José Delicado

Realización digital: Mila Recio

Traducción y edición: María Asensio

Corrección: David Busto

Preimpresión: Marta Alonso

© SUSAETA EDICIONES, S.A.

C/ Campezo, 13 - 28022 Madrid

Tel.: 91 3009100/913009102

ISBN: 978-84-677-2676-3

www.susaeta.com

Cualquier forma de reproducción o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización del titular del copyright. Diríjase además a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Contenido

Introducción al autor y su obra

Libro Primero

Libro Segundo

Libro Segundo

Introducción al autor y su obra

Según afirma el propio autor en su libro *Tristes*, Publio Ovidio Nasón nació en el año 43 a. C. en Sulmona (Italia central). Pertenecía a una familia acomodada de la clase ecuestre. Por ello, su padre le envió a Roma junto a su hermano, que era un año mayor, para estudiar retórica y leyes y abrirse camino en el mundo de la abogacía y la política. Sin embargo, su inclinación por la poesía y su facilidad para la versificación le llevaron a renunciar a ambas carreras profesionales, y ya desde joven daba recitales de poesía.

Su niñez y adolescencia corren parejas a la progresiva ascensión de Octavio y su implantación del Imperio tras la caída de la República: en el 44 a. C. se produjo el asesinato de César, en el 31 a. C. la derrota definitiva de Marco Antonio por Octavio en Accio con la consiguiente anexión de Egipto, y en el 27 a. C. la proclamación de Octavio como emperador Augusto.

A diferencia de Virgilio y Horacio, que pertenecían a una generación anterior y contribuyeron con sus obras a ensalzar a Augusto, Ovidio se apartó del programa político y moralizante oficial y no sólo no quiso participar en su propaganda, sino que mostró un claro desdén por el moralismo que pretendía imponer el emperador, al escribir sus frívolos poemas amorios.

Ovidio se casó tres veces: su primer matrimonio, siendo muy joven, fue un fracaso y, tras unas segundas nupcias, se casó nuevamente, esta vez con una mujer con quien vivió dichoso y que le sirvió de gran apoyo moral en su destierro.

Cuando contaba cincuenta y dos años, Ovidio fue desterrado por Augusto a Tomis, junto al mar Negro, en el año 9 d. C., donde vivió hasta el final de su vida, pues a pesar de implorar el perdón, ni Augusto ni su sucesor Tiberio (proclamado emperador el 14 d. C. a la muerte de aquél) quisieron poner fin a su exilio, que acabó al morir el poeta el 17 d. C.

Sobre las causas del destierro, en su obra *Tristes* Ovidio señala que fueron «un poema y un error» e indica que su *Arte de amar* recibió el castigo que merecía: la obra fue retirada de circulación. No obstante, ya que se había publicado ocho años antes, pudo ser sólo el pretexto. Así, es posible que Ovidio hubiera sido testigo o colaborador de los amores adúlteros de la nieta de Augusto, Julia, igualmente desterrada, y también es probable que el anciano emperador sintiera una vieja aversión hacia el autor de unos libros tan contrarios a su empeño por recuperar la moralidad en los matrimonios y costumbres de Roma. De hecho, Ovidio era el poeta de moda en la alta sociedad romana y ese público, además de valorar sus grandes cualidades poéticas, se reconocía en esas obras escritas con tanta gracia y desenfado, pues retrataban la frívola sociedad ociosa y dedicada al lujo y los placeres, propia de su tiempo. Sin embargo, el severo Augusto no entendió la parodia que había en esos poemas didácticos sobre el amor y su venganza fue el destierro a un lugar inhóspito, lejos del ambiente festivo de Roma que tanto le gustaba a Ovidio.

En su producción literaria suelen distinguirse tres etapas: la primera, de juventud, corresponde a sus elegías y obras eróticas (*Amores*, *Heroidas*, *Arte de amar*, *Remedios contra el amor*); la segunda comprende largos poemas de tema mitológico (*Fastos*, *Metamorfosis* y la tragedia perdida *Medea*), y la tercera, en el destierro, se caracteriza por el tono

pesimista y sombrío de sus cartas y obras elegíacas (*Tristes, Epístolas desde el Ponto*).

En tan vasta producción se percibe un característico estilo poético: facilidad para la versificación; gran inventiva para introducir variaciones en los tópicos literarios y jugar con ellos; capacidad para mezclar en lo cotidiano los más diversos motivos mitológicos; sutilidad en las transiciones de un tema a otro; descripciones muy plásticas; vivacidad y colorido, y todo ello salpicado de una fresca ironía y un ligero humor que hacen al lector (entonces oyente, pues la lectura se hacía en voz alta) cómplice de lo que cuenta.

Amores es la primera obra de Ovidio, compuesta de tres libros en su versión definitiva, y en ella recoge la tradición elegíaca romana. Este género tenía sus orígenes en el helenismo, bajo la forma de epigramas alejandrinos, brevísimos poemas compuestos de dísticos elegíacos (un hexámetro y un pentámetro que solían formar una unidad de sentido completa, lo cual requería concisión y agudeza). Los romanos aportaron al género rasgos propios de subjetividad e intimismo, hablando desde la propia experiencia personal; para ello ampliaron el número de dísticos elegíacos que forman el epigrama y compusieron poemas largos que les permitían extenderse en confidencias. Si en Catulo (84 a 54 a. C.) y Galo (70 a 26 a. C.) aún hay mezcla de epigramas y poemas largos o elegías, en Tibulo (54 a 19 a. C.) encontramos ya el libro compuesto exclusivamente de elegías, así como en Propertio (47 a 15 a. C.); todos ellos fueron los antecesores de Ovidio.

Sin embargo, aunque Ovidio recoge esta tradición elegíaca romana y expone sus quejas amorosas, su amada Corina resulta más irreal que las cantadas por Catulo o Propertio: ni siquiera en su época se sabía qué persona se hallaba tras ese nombre y los sentimientos del poeta no parecen tan auténticos. Responde más a la necesidad de crear un cancionero amoroso, donde reformula los motivos y situaciones tópicos del género, salpicándolo de comparaciones mitológicas. En él sí que

plasma su visión de las relaciones amorosas a partir de la experiencia, como lo muestran muchas escenas costumbristas, al tiempo que añade algo novedoso: la frivolidad, el tono lúdico y vitalista, no exento de ironía, que creaba cierta complicidad con el lector. Este tono festivo y ligero de Ovidio contrasta profundamente con la honda pasión de Catulo y Propertio.

También el amor inspira sus *Heroidas*: conjunto de supuestas cartas escritas por famosas mujeres de la mitología a sus amantes lejanos. En total son veintiún epístolas en dísticos elegíacos, de las cuales las seis últimas, escritas más tarde, forman tres parejas de cartas cruzadas entre el personaje femenino y el masculino: Helena y Paris, Hero y Leandro, Cidipe y Aconcio. Con gran talento dramático y hondo conocimiento psicológico, Ovidio presenta en cada epístola el carácter de la heroína y el argumento de su queja amorosa, dando muestra de su pericia poética y de su formación retórica. Además, plantea una innovación al dar forma epistolar a la poesía elegíaca.

Si en *Amores* Ovidio compone un cancionero desde su práctica amorosa, en *Arte de amar* y *Remedios contra el amor* expresa su teoría sobre el amor y da consejos a partir de esa experiencia; de ahí que muchos motivos y situaciones sean comunes a las tres obras: escenarios y momentos propicios para el amor, mensajes entre los amantes, regalos, peleas de enamorados, utilización de intermediarios, conveniencia de tener rivales en el amor, amantes compartidos, tópicos de la caza y la guerra para referirse al amor. Ovidio recoge muchas situaciones amorosas típicas que ya venían del epigrama alejandrino, pero sabe darles variedad y desarrollo, al tiempo que describe el ambiente de la Roma de su época y, lo más característico, les dota de su humor e ironía, distanciándose así de lo que escribe y presentándose como poeta consciente de su labor creadora.

Mantiene el mismo metro de dísticos elegíacos de *Amores*, pero el discurso adopta la forma de consejos y lecciones, y en

lugar de dividirse en poemas, cada libro está constituido una serie continua de versos, como era norma en la poesía didáctica. Ovidio era consciente de su originalidad al hacer poemas didácticos sobre el amor. Este género había sido ya tratado en la literatura griega y latina: Hesíodo (*Teogonía*, sobre mitología y el origen del mundo), Lucrecio (*De rerum natura*, sobre filosofía y el cosmos), Virgilio (*Geórgicas*, sobre agricultura), Gratio (*Cynegetica*, sobre la caza). Grandes temas de mitología o filosofía, así como cuestiones menores (juegos, vinos, banquetes), habían sido tratados en verso con fines didácticos, pero nunca el amor. La tradición literaria presentaba este sentimiento como una fuerza de la naturaleza. La novedad de Ovidio es presentar el amor como producto de la cultura, del refinamiento, y lo que él hace es ofrecer las técnicas precisas para conseguirlo y mantenerlo con maneras corteses y seductoras, así como para olvidarlo si no resulta correspondido. Se autoproclama maestro del arte de amar, y con suma ironía y tono lúdico hace de ello un tratado.

Ya en el año 18 a. C. el emperador Augusto había promulgado la *Lex Iulia de adulteriis coercendis*, que consideraba delito el adulterio y lo castigaba severamente. En el *Arte de amar*, que es del primer siglo de nuestra era, Ovidio deja claro en su comienzo que no va dirigido a las virtuosas matronas romanas: las mujeres casadas de la alta sociedad. De poco le servirá esa afirmación años más tarde cuando lo destierren. Era evidente que entre su público se hallaban muchas mujeres casadas, y no sólo libertas o extranjeras sino romanas y de clase alta, pues el adulterio era práctica habitual en el ambiente cortesano de la época.

La obra *Arte de amar* se compone de tres libros, los dos primeros dirigidos a los hombres y el tercero a las mujeres. El primer libro alecciona en la búsqueda y la seducción de la amada, y el segundo enseña a mantener vivo el amor. El libro tercero recoge los mismos fines pero desde el enfoque de las mujeres, manteniendo el paralelismo. Ovidio argumenta los consejos con ejemplos mitológicos, en los que equipara a los

dioses con el género humano al tiempo que da color y variedad.

En su siguiente obra, *Remedios contra el amor*, el autor retoma esos preceptos para darles la vuelta aconsejando lo contrario, pues se trata ahora de enseñar a curarse del mal de amores: cómo olvidar un amor no correspondido. Ovidio muestra así su dominio de la retórica al trabajar los mismos temas desde distintos ángulos.

Una pequeña obra en esta línea didáctica amorosa es su breve opúsculo *Sobre la cosmética del rostro femenino*, donde elogia el cuidado del cuerpo y da recetas para embellecer a las mujeres.

Si el tema mitológico ya había aparecido en sus poemas didácticos amorosos, y con total protagonismo en las *Heroidas*, Ovidio idea una obra magna centrada en los mitos y ritos de las fiestas del calendario romano: *Fastos*. Concebida como doce libros, uno por cada mes del año, sólo llegó a escribir seis, en dísticos elegíacos. También aquí se percibe el tono risueño y burlesco de Ovidio al abordar muchos mitos.

Y es en la plenitud de su vida, con los cuarenta ya cumplidos, cuando Ovidio compone su obra más importante: *Metamorfosis*. Se trata de una compilación en hexámetros (el verso de la épica) de mitos clásicos donde algún personaje se transforma en otro ser. La obra se compone de quince libros con más de doscientos relatos mitológicos y muchos ecos de la tradición (Homero, Hesíodo, Lucrecio, Virgilio), pues aún características de la epopeya, del género didáctico y de la elegía.

Los rasgos ovidianos están presentes en estos versos: colorido, ironía, variedad de tonos, poderosa imaginación para recrear historias conocidas, exaltación del amor, gran estudio psicológico de los personajes, dramatismo, tratamiento humorista e irreverente de los dioses, de modo que con esta obra crea un nuevo tipo de épica mitológica.

Obras fruto del destierro son *Tristes* y *Epístolas desde el Ponto*. Ovidio retoma el dístico elegíaco, pues es la queja y el amargo dolor por su destierro lo que expresa en ellas. Son los verdaderos sentimientos del poeta y, por ello, sólo escribe en primera persona y desaparece la alegría vital, el humor y la ironía de sus obras anteriores, a la vez que adula al emperador para lograr su perdón.

Ovidio fue un poeta famoso en su época y él era consciente de que su obra tenía la altura de Virgilio y culminaba la poesía elegíaca de Galo, Tibulo y Propertio. Ni siquiera el destierro mermó su fama y difusión, que continuaron después de muerto él. Acabada la civilización romana, también las literaturas en lenguas vulgares bebieron en las fuentes de Ovidio. Desde el siglo XII, la poesía provenzal del amor cortés se nutre de los consejos amatorios y los tópicos de la poesía ovidiana, y su pervivencia se dejará notar en toda la Edad Media, con autores como Boccaccio o el Arcipreste de Hita y su *Libro del buen amor*.

Libro Primero

Si alguien entre el público no conoce el arte de amar, que lea esta obra poética y ame instruido por su lectura.

Por medio del arte se mueven las ágiles naves, ya sea con velas o remos; por medio del arte se mueven los carros ligeros: por medio del arte debe ser gobernado, pues, el amor. Automedonte¹ sobresalía en el manejo de los carros y de las flexibles riendas; Tifis era el piloto de la nave hemonia²; a mí Venus me ha designado como el maestro del tierno amor, y me llamarán el Tifis y el Automedonte del amor.

Él es realmente fiero y muchas veces se me enfrenta; pero es un niño, edad dócil y propicia para ser guiado. El hijo de Filira³ instruyó en la cítara a Aquiles de pequeño y domó su carácter feroz con el placentero arte de la música; y el que tantas veces aterró a sus compañeros y tantas veces a los enemigos, dicen que temblaba ante el anciano cargado de años, y si el maestro se lo pedía, ofrecía sumiso a los palmetazos las manos que después habría de sentir Héctor⁴. Quirón fue el maestro del Eácida⁵, yo lo seré del amor: crueles son los dos niños, y los dos, hijos de una diosa. No obstante, el toro dobla la cerviz ante el peso del arado y el caballo tiene que morder el freno; de igual forma el amor se rendirá a mí, aunque hiera mi pecho con sus flechas y me sacuda sus antorchas encendidas. Cuanto más violentamente me traspase con su arco y me abraze, tanto más querré vengar mis heridas.

Yo no mentiré, Febo⁶, diciendo que he recibido de ti estas artes, ni que me las enseñaron los cantos de las aves, ni que se me aparecieron Clío y sus hermanas⁷ mientras apacentaba mis rebaños en tus valles, Ascra⁸. La experiencia es la que dicta esta obra: ¡haced caso a un poeta experto! Voy a cantar la verdad. ¡Madre del amor⁹, ayúdame en esta empresa! ¡Manteneos lejos de aquí, finas cintas, insignias del pudor, y tú, largo volante que cubres la mitad de los pies!¹⁰ Nosotros cantaremos amores fáciles y relaciones ocultas tolerables. No habrá ningún delito en mis versos.

Para empezar, intenta descubrir lo que deseas amar, tú que por primera vez ahora te alistas como soldado en esta nueva milicia¹¹; el trabajo siguiente es conquistar con tus ruegos a la muchacha que te agrada, y en tercer lugar, conseguir que el amor dure largo tiempo. Éste es mi propósito, éste el espacio que surcará mi carro, ésta la meta a la que han de acercarse mis ligeras ruedas¹².

Mientras sea posible y puedas ir a rienda suelta por todas partes, elige a la que digas: «Sólo tú me gustas». Ella no te va a venir volando entre las brisas ligeras; has de buscar a la muchacha adecuada con tus propios ojos. Bien sabe el cazador en qué sitio ha de tender las redes a los ciervos; bien sabe en qué valle habita el jabalí feroz. El que acosa a los pájaros conoce las enramadas; el que sostiene el anzuelo sabe en qué aguas abundan los peces. Así, tú, que buscas materia para un amor perdurable, aprende primero qué lugar frecuentan las muchachas. No mandaré al que está buscando que extienda sus velas al viento, ni tendrás que recorrer un largo camino hasta encontrarla. Aunque Perseo se llevara a Andrómeda del país de los negros indios¹³ y la joven griega fuera raptada por el héroe frigio¹⁴, Roma te proporcionará tantas y tan hermosas muchachas que dirás: «Aquí hay todo cuanto existe en el mundo». Cuantas mieses produce el Gárgaro¹⁵, cuantos racimos Metimna¹⁶; cuantos peces esconde el mar, cuantas aves los árboles; cuantas estrellas tiene el cielo, así tantas

muchachas hay en tu Roma. La madre Venus ha fijado su residencia en la ciudad de su hijo Eneas¹⁷.

Si te cautivan los años mozos y aún en crecimiento, se ofrecerá a tu vista una verdadera muchacha; si la prefieres en la flor de la juventud, hallarás mil que te agradarán y no sabrás siquiera cuál elegir; y si acaso te gusta la edad madura y con mayor experiencia, créeme, también de ellas habrá un gran ejército. Basta que pasees despacio a la sombra del pórtico de Pompeyo cuando el sol queme la espalda del león de Hércules¹⁸, o bien donde la madre ha añadido sus regalos a los regalos de su hijo¹⁹, espléndida obra en mármol extranjero. Y no evites el pórtico decorado con antiguas pinturas que levantó Livia²⁰, y por eso lleva su nombre, ni tampoco aquel en el que aparecen las bélides —que osaron tramar la muerte de sus desdichados primos— y su cruel padre blandiendo la espada²¹.

No dejes de asistir a las fiestas de Adonis, llorado por Venus²², ni a los ritos del séptimo día que celebran los judíos sirios²³, ni pases de largo por el templo menfítico de la ternera vestida de lino²⁴: a muchas las hace ser lo que ella fue para Júpiter.

Incluso los foros (¿quién podría creerlo?) son un lugar apropiado para el amor, cuya llama brota a menudo entre la oratoria del foro. Al pie del marmóreo templo consagrado a Venus²⁵, la fuente de las apíades²⁶ hiende el aire con sus aguas a presión y allí a menudo queda el jurisconsulto preso del amor, y quien se ha preocupado por los demás no se preocupa por sí mismo. Allí a menudo le faltan las palabras al orador elocuente; hechos nuevos acaecen y tiene que defender su propia causa. Venus se ríe de él desde su templo cercano, pues quien era abogado hace un momento, desea convertirse ahora en cliente.

Pero tú has de cazar sobre todo en los teatros: estos lugares son más fecundos para tus deseos. Allí encontrarás a quien

amar o con quien divertirse, de quien disfrutar una sola vez o a quien desees conservar. Como las numerosas hormigas van y vienen en larga hilera llevando en su boca el grano que les ha de servir de alimento, o como las abejas que, tras hallar los bosques y prados olorosos, revolotean entre las flores y el tomillo, así acuden las mujeres, con toda su elegancia, a los concurridos espectáculos; su abundancia ha retrasado muchas veces mi elección. Vienen a mirar el espectáculo y vienen a que las miren; este lugar encierra peligros para el casto pudor.

Tú, Rómulo, fuiste el primero que alborotó los juegos cuando el rapto de las sabinas regocijó a los hombres, que carecían de mujeres²⁷. Entonces no colgaban toldos sobre el mármoleo teatro, ni el escenario estaba salpicado de rojo con gotas de azafrán²⁸. Allí unas ramas que brindaba el bosque del Palatino²⁹, dispuestas con sencillez, formaban el escenario sin artificio; el público se acomodaba en graderías hechas de césped y se cubría los hirsutos cabellos con cualquier ramaje. Mirando alrededor, cada cual señalaba con los ojos la joven que deseaba para sí y daba vueltas calladamente a muchos planes en su pecho. Y mientras al rudo son de la flauta toscana, un bailarín golpeaba tres veces con los pies el terreno allanado, en medio de los aplausos (que entonces eran espontáneos) el rey dio a su pueblo la señal de lanzarse sobre la presa. De repente saltan de los asientos y, con gritos que declaran su intención, ponen sus ávidas manos sobre las doncellas. Como las palomas en tropel asustado huyen del águila, como la tierna cordera huye nada más ver al lobo, así se asustaron ellas de aquellos hombres sin ley que se abalanzaban, y no hubo ninguna que mantuviese el color que antes tenía en la cara. El espanto fue en todas igual, mas no se manifestó de igual forma en todas: parte de ellas se mesa los cabellos, parte permanece sentada sin sentido; una guarda un sombrío silencio, otra llama en vano a su madre; ésta se lamenta, aquélla se queda perpleja; ésta permanece inmóvil, aquélla huye. Se llevaban raptadas a las jóvenes como botín nupcial y el propio temor logró embellecer a muchas. Si

alguna se resistía y se negaba a seguir al hombre, éste la cogía en brazos y estrechándola contra el ávido seno, le decía: «¿Por qué enturbias con lágrimas tus lindos ojos? Lo que tu padre es para tu madre, eso seré yo para ti». Rómulo, tú fuiste el único que supo premiar a los soldados; si me dieras el mismo premio, me haría soldado. Ciertamente, desde entonces por solemne costumbre³⁰, los teatros siguen siendo hoy un peligro para las mujeres hermosas.

No dejes tampoco de asistir a las carreras de los nobles caballos: el circo, donde cabe tanta gente, ofrece muchas recompensas. No es necesario que hagas señas con los dedos para comunicar tus secretos, ni tienes que observar los gestos de asentimiento de cabeza. Siéntate al lado de tu amada, que nadie te lo impide, y arrima tu costado al suyo todo lo que puedas; lo bueno es que la fila, aunque no quieras, obliga a arrimarse y por imposición del sitio has de tocar a la muchacha. Entonces busca un pretexto cualquiera de conversación y que tus primeras palabras traten de cosas generales. Procura preguntarle con vivo interés de quién son los caballos que llegan, y sin vacilación apoya al que ella apoye, sea el que fuere. Cuando aparezcan las imágenes de marfil en solemne procesión, aplaude con entusiasmo a la diosa Venus, tu soberana. Si por casualidad, como suele suceder, cae polvo en el regazo de la joven, apresúrate a quitárselo con los dedos, y aunque no le haya caído polvo ninguno, haz como que lo sacudes: cualquier motivo te puede servir para mostrarte servicial. Si el manto le cuelga y arrastra por tierra, recógelo sin demora y levántalo de prisa del sucio suelo, que bien pronto, en premio de tu servicio y con el consentimiento de la joven, quedarán sus piernas a la vista de tus ojos. Además, observa al que se sienta detrás de vosotros, no sea que apriete la rodilla contra su delicada espalda. Los pequeños detalles cautivan a los espíritus sensibles. A muchos les ha valido ahuecar un cojín con mano habilidosa y les ha sido útil darle aire agitando una tablilla o colocar un escabel curvo bajo su pie delicado.

Estas ocasiones para un nuevo amor te brinda el circo, así como la triste arena esparcida en el frecuentado foro³¹. En esa arena ha combatido mil veces el hijo de Venus³², y el que contemplaba las heridas de otro, resulta herido también: mientras habla, toca la mano, pide un programa y, tras apostar por un combatiente, pregunta quién vence de los dos, siente una flecha voladora y herido gime; él mismo se ha convertido en parte del espectáculo que miraba³³.

¿Y cuando hace poco César enfrentó las naves persas contra las cecropias³⁴ en un simulacro de batalla naval³⁵? Desde uno y otro mar acudieron mozos y muchachas, y el orbe entero se dio cita en la Urbe³⁶. Entre tanta muchedumbre, ¿quién no halló alguien a quien amar? ¡Ah, cuántos se dejaron abrasar por un amor extranjero!

He aquí que el César se dispone a anexionar lo que le falta del orbe, y pronto serán nuestros los últimos confines de Oriente. ¡Reino de los partos³⁷, vas a sufrir tu castigo! ¡Alegraos, crasos sepultados³⁸; estandartes que, a pesar vuestro, pasasteis a poder de los bárbaros! Aquí está vuestro vengador, que desde sus primeros años promete ser un buen general, pues siendo mozo dirige la guerra como no es propio de un mozo³⁹. Espíritus apocados, dejad de contar los cumpleaños de los dioses: a los césares les ha llegado el valor anticipadamente. El talento celestial se muestra más veloz que sus años y soporta mal las penalidades que una lenta demora le ocasiona. Era aún niño el Tirintio⁴⁰ cuando ahogó con sus manos dos serpientes, y ya en la cuna se mostró digno de Júpiter. ¡Y tú, Baco, que sigues siendo un niño, cuán grande fuiste cuando la India vencida temió tu tirso⁴¹! Alentado por los auspicios y el valor de tu padre⁴² empuñarás las armas, muchacho, y vencerás. A tales comienzos te obliga un nombre tan glorioso, príncipe de los jóvenes ahora, como luego lo serás de los mayores. Puesto que tienes hermanos, venga a tus hermanos ofendidos; y puesto que tienes padre, defiende los derechos de tu padre. A ti te dio las armas tu progenitor, que lo

es también de la patria; en cambio, el enemigo arrebató con violencia el reino a su padre⁴³. Tú llevarás dardos piadosos, él flechas criminales; la justicia y la piedad combatirán bajo tus enseñanzas. Vencidos los partos por las ideas, ¡sean también vencidos por las armas! ¡Que mi general añada al Lacio las riquezas del Oriente! ¡Padre Marte⁴⁴ y padre César, dad vuestra inspiración divina al expedicionario!, ya que de vosotros dos, uno es dios y el otro lo será. Sí, vaticino que vencerás; yo compondré versos en tu honor y serás celebrado grandemente con mi voz. De pie estarás y arengarás a las huestes con palabras mías. ¡Ojalá mis palabras no sean indignas de tu arrojo! Cantaré a los partos que dan la espalda y a los romanos que muestran el pecho, y los dardos que lanza el enemigo montando al revés en su caballo. Tú que huyes para vencer, parto, ¿qué dejas al vencido? Parto, ya desde ahora tu Marte⁴⁵ presenta malos presagios.

Así pues, llegará el día en que tú, el más hermoso de todos, irás resplandeciente de oro⁴⁶ en el carro de cuatro caballos blancos como la nieve. Delante de ti irán los jefes enemigos con los cuellos cargados de cadenas, sin que puedan, como antes, buscar su salvación en la fuga. Los jóvenes, al lado de las muchachas, contemplarán regocijados el espectáculo, y este día feliz ensanchará todos los corazones. Entonces, si alguna muchacha te pregunta⁴⁷ los nombres de los reyes, qué lugares, qué montes o qué ríos están allí representados⁴⁸, responde a todo, incluso aunque no te lo pregunte, y si algo no sabes, explícaselo como si lo conocieras perfectamente. Ése es el Éufrates, con la frente ceñida de cañas; al que le cuelga una azulada cabellera será el Tigris; dirás que éstos son los armenios y que ésa es Persia, del linaje de Dánae⁴⁹; esta otra fue una ciudad situada en los valles aquemenios; aquél y aquel otro son generales; y los nombres que digas serán, si puedes, verdaderos, y si no, al menos, adecuados.

Las mesas servidas de los banquetes brindan también una buena ocasión: ahí podrás buscar otra cosa además de los

vinos. Allí, a menudo el Amor de purpúreas mejillas ha estrechado con sus tiernos brazos los cuernos de Baco, y cuando el vino llega a empapar las alas de Cupido, éste queda inmóvil y permanece amodorrado en su sitio. Entonces sacude con rapidez las húmedas plumas, pero incluso las salpicaduras del Amor hieren el pecho donde caen. El vino predispone los ánimos y los prepara para los ardores; huye la preocupación y se diluye en el vino abundante y sin mezcla. Entonces vienen las risas; el pobre entonces se cree poderoso, y entonces el dolor, las preocupaciones y las arrugas de la frente desaparecen; entonces abre las mentes la franqueza, bien rara en nuestra época, porque el dios es enemigo del artificio. Allí, a menudo las muchachas han cautivado el ánimo de los jóvenes y Venus, en medio del vino, ha sido fuego dentro del fuego. En ese punto, no creas demasiado en la luz engañosa del candil; la noche y el vino entorpecen el juicio sobre la belleza. Paris contempló a las diosas a la luz del sol que resplandecía en el cielo, cuando dijo a Venus: «Venus, tú vences a las otras dos⁵⁰». La noche oculta las faltas, disimula los defectos y esa hora a cualquiera hace hermosa. Al día has de consultar sobre gemas, sobre lana teñida de púrpura; al día, sobre el rostro y el cuerpo.

¿Para qué te voy a enumerar todas las reuniones femeninas donde se puede cazar? Antes contaría la arena del mar. ¿Para qué voy a hablar de Bayas y de las costas que la rodean, y del agua cálida y sulfurosa que allí humea⁵¹? Alguien que salió de allí con el dardo mortal en el pecho dijo: «Estas aguas no son tan saludables como cuentan». Ahí tienes, cerca de Roma, el templo de Diana en medio del bosque y el poder conseguido por la espada en una mano asesina⁵²; aunque ella es virgen y odia las flechas de Cupido, muchas heridas ha causado a su pueblo y muchas más causará.

Hasta aquí Talía⁵³, la que va montada en un carro de ruedas desiguales⁵⁴, te ha enseñado dónde elegir a una amada y dónde has de tender tus redes. Ahora voy a decirte lo más importante: con qué artimañas has de conquistar a la que te ha

gustado. Varones, quienesquiera que seáis y dondequiera que estéis, prestadme todos dócil atención y sed un público interesado en oír mis propuestas.

Primeramente has de tener la certeza de que todas pueden ser conquistadas: las conquistarás, sí, tú sólo has de tender las redes. Antes callarán los pájaros en primavera y en verano las cigarras, antes el perro de Ménalo huirá asustado de la liebre, que una mujer rechace al joven que la haya cortejado tiernamente: hasta aquella que podrías pensar que no quiere, querrá. El amor furtivo agrada tanto al hombre como a la mujer; el hombre lo disimula mal, ella encubre mejor su deseo. Acordemos los varones no ser los primeros en suplicar a la mujer; de inmediato ella, vencida, hará el papel de suplicante. En los mullidos prados es la hembra quien llama con sus mugidos al toro; es siempre la hembra quien relincha llamando al caballo de córneas pezuñas. Más discreta entre nosotros es la pasión y no tan violenta. El ardor varonil tiene un límite fijado por las leyes.

¿Para qué hablar de Biblis⁵⁵, que ardió por su hermano en un amor prohibido y expió su falta valerosamente echándose un lazo al cuello? Mirra amó a su padre, mas no como debía una hija, y ahora se oculta bajo la corteza que la oprime; con las lágrimas que destila el árbol oloroso nos perfumamos y esas gotas llevan el nombre de su dueña⁵⁶.

Había en los umbrosos valles del frondoso Ida⁵⁷ un toro blanco, gloria del rebaño, señalado por leve mancha negra entre los cuernos; tenía sólo ésa, pues el resto de su cuerpo era de leche. Las terneras ardientes de Cnosos y Cidón deseaban sostenerlo sobre sus espaldas. Pasífae se regocijaba con la ilusión de ser adúltera amante del toro y odiaba celosa a las hermosas vacas. Canto hechos conocidos; aunque sea mentirosa, esto no lo puede negar Creta, la de las cien ciudades. Dícese que ella misma cortaba con mano inexperta las hojas nuevas de los árboles y las tiernas hierbas de los prados para dárselas al toro; ella seguía al rebaño sin que la

detuviese preocupación alguna por su esposo, y Minos quedó vencido por el toro. ¿De qué te sirve, Pasífae, ponerte preciosas vestiduras? Tu adúltero amante desconoce el valor de esas riquezas. ¿De qué te sirve el espejo que llevas en tu persecución del rebaño montaraz? ¿Para qué, necia, cuidas tanto tus peinados cabellos? Cree, en cambio, a tu espejo, que te muestra que no eres una ternera. ¡Cómo desearías que te naciesen cuernos en la frente! Si te gusta Minos, no busques amante alguno, y si pretendes engañar a tu esposo, engáñale con un hombre. Pero la reina, abandonando su tálamo, vaga errante por montes y bosques como una Bacante excitada por el dios de Aonia⁵⁸. ¡Ah!, cuántas veces miraba a una vaca con ceño iracundo y decía: «¿Por qué ésta agrada a mi dueño? ¡Mira cómo retoza en su presencia sobre la fresca hierba! Sin duda cree la tonta estar así más bella». Hablaba así, y al momento ordenaba separar a la inocente del rebaño y someter su cerviz al pesado yugo, o la obligaba a caer ante el altar fingiendo un sacrificio, y alegre sostenía en sus manos las entrañas de su rival. ¡Cuántas veces aplacaba a los dioses inmolando a sus rivales y decía sosteniendo sus entrañas: «¡Ea, id a complacer a mi amo!»». Y tan pronto desea convertirse en Europa como en Io; en ésta por ser vaca, en la otra porque un toro la raptó⁵⁹. Finalmente, el jefe del rebaño la fecundó, engañado por una vaca de madera, y el fruto de esta unión descubrió la naturaleza del padre⁶⁰.

Si la otra cretense se hubiera abstenido del amor por Tiestes⁶¹ (¡oh, qué difícil es poder contentarse con un solo hombre!), Febo no habría detenido su carro en mitad del camino y, girándolo, no habría dado la vuelta a sus caballos dirigiéndolos hacia la Aurora. La hija de Niso⁶², por haberle robado sus purpúreos cabellos, oprime perros rabiosos con su pubis y sus ingles. Quien logró escapar de Marte en la tierra y de Neptuno en el mar, el Atrida⁶³, fue víctima funesta de su esposa. ¿Quién no ha llorado por las llamas de Creúsa de Éfira y por la madre ensangrentada con la muerte de sus hijos⁶⁴? Fénix, el hijo de Amintor, lloró por sus ojos vaciados⁶⁵, y los

caballos espantados destrozaron a Hipólito⁶⁶. ¿Por qué, Fineo, sacas los ojos de tus inocentes hijos⁶⁷? Ese castigo caerá un día sobre tu cabeza. Todo esto fue provocado por la pasión femenina, más ardiente que la nuestra y con más furor en sus arrebatos. Así que, ánimo, no dudes en tener esperanzas de todas las mujeres: entre mil apenas hallarás una que te diga no. Tanto las que acceden como las que se niegan se regocijan de que les rueguen, y aunque resultes defraudado, el rechazo no te traerá ningún peligro. Mas ¿por qué vas a ser defraudado, si siempre gusta un placer nuevo y lo ajeno seduce más que lo propio? Siempre es más fértil la cosecha en los campos ajenos y el rebaño del vecino tiene las ubres más grandes.

Mas lo primero es conocer a la criada de la joven que intentas seducir, para que te facilite el acceso. Averigua hasta qué punto es partícipe de los planes de su señora y si va a ser cómplice fiel de tus secretos devaneos; inclínala en tu favor con promesas y ablándala con ruegos; si ella quiere, conseguirás fácilmente tus deseos. Ella escogerá el momento (también los médicos aprovechan la ocasión oportuna) en que el ánimo de su señora sea favorable y propicio para la conquista. Y su ánimo será propicio para la conquista cuando se sienta eufórica de alegría y exuberante, como la mies en suelo fértil. Los corazones, cuando están alegres y no los oprime el dolor, se abren por sí solos, y Venus penetra entonces con sus delicadas artes. Ilión⁶⁸, cuando estuvo triste, pudo defenderse con las armas; pero en medio de la alegría dejó entrar al caballo repleto de soldados.

También hay que pasar al ataque cuando se sienta dolida por una rival; esfuérzate entonces en que no quede sin venganza. Cuando por la mañana la criada le peine los cabellos, que la incite y añada a la vela el impulso del remo, y que diga suspirando en tenue voz: «Creo que no podrás vengarte del agravio». Entonces, que hable de ti, que añada palabras persuasivas y que le jure que mueres de un loco amor. Pero apresúrate, no sea que el viento amaine y caigan las

velas: como el hielo frágil, así se desvanece la cólera con la tardanza.

Me preguntas si es provechoso conquistar a la misma sirvienta; en tales casos caben muy diversas posibilidades. Ésta, tras acostarse contigo, te servirá más solícita; aquélla, más remolona. Ésta te preparará como regalo para su ama; aquélla te reservará para sí. Interviene el azar, y aunque la ocasión lo propicie a los atrevidos, mi consejo es, no obstante, que te abstengas de ello. No iré yo por precipicios y agudas rocas, y ningún joven que me siga se dejará atrapar. No obstante, si cuando da y recibe los mensajes, ella te agrada por su cuerpo y no sólo por su amabilidad, haz primero por poseer a la señora y que ella venga detrás. No comiences tu culto a Venus por una criada. Una cosa te aconsejo, si confías en mi arte y el viento no se lleva mis palabras por el mar: o no intentes la empresa, o acábala del todo; desaparecerá la delatora si ella tiene parte en el delito. El pájaro no puede huir con las alas viscosas, el jabalí no acierta a romper las redes que lo envuelven; atrapado queda el pez herido por el anzuelo que él mismo mordió: tú acosa a la asediada y no te retires hasta salir vencedor. Pero hay que ocultarlo bien; si la posible delatora está bien oculta, tu amiga acudirá siempre a tu llamada.

Quien cree que sólo deben consultar el tiempo los que cultivan los laboriosos campos y los marineros, se equivoca. No siempre se debe confiar la semilla de Ceres⁶⁹ a los engañosos campos ni siempre el cóncavo navío a las verdosas aguas. Tampoco siempre es seguro perseguir a tiernas muchachas: a menudo esto se hará mejor en ciertas fechas⁷⁰. Si se acerca el día de su cumpleaños, o las calendas en que nos complace que Venus suceda a Marte⁷¹, o si el circo no está adornado como antes con estatuillas, sino que tiene expuestas riquezas de reyes, aplaza tu pretensión: entonces se acerca el triste invierno y vienen ya las Pléyades⁷²; entonces el tierno Cabrito⁷³ se sumerge en las aguas del océano; entonces será bueno que desistas; entonces, si alguien se confió a salir a alta

mar, apenas salvó los restos náufragos de su navío hecho pedazos. Tú puedes comenzar el día en que el pobre Alia⁷⁴ se tiñó con la sangre de los latinos heridos y el día en que, tras siete jornadas, vuelve la fiesta, poco apta para el trabajo, del sirio palestino.

Mira con terror religioso el cumpleaños de tu amada, y como nefasto cualquier día en que haya que hacer regalos. Aunque lo evites con cautela, te sonsacará algo; la mujer tiene mil medios para apoderarse de las riquezas de su apasionado amante. Un vendedor con la túnica desceñida se presentará ante tu amada, deseosa de comprar, y expondrá sus mercaderías mientras tú estás sentado. Ella te rogará que las examines para que demuestres que entiendes; luego te dará unos besos y después te pedirá que compres. Te jurará que con eso quedará contenta por muchos años; dirá que ahora lo necesita, que ahora es buena ocasión para comprarlo. Si te excusas diciendo que no tienes en casa el dinero necesario, te pedirá un pagaré y sentirás haber aprendido a escribir. ¿Y qué diré cuando prepara una tarta de cumpleaños, como si lo fuera, y pide regalos, naciendo para su provecho cuántas veces sea necesario? ¿Qué diré cuando llora desolada por una falsa pérdida y finge que una gema se le ha caído de la oreja? Muchas cosas te piden que les des en préstamo, pero una vez dadas se niegan a devolverlas; las pierdes y, además del perjuicio, nadie te da las gracias. No me bastarían diez bocas con otras tantas lenguas, si quisiera referir las sacrílegas mañas de las cortesanas. Que la cera derretida sobre lisas tablillas⁷⁵ explore el camino y que ella sea la primera anunciadora de la disposición de tu ánimo, que ella le diga tus ternuras con las expresiones que usan los amantes y, seas quien seas, no te quedes corto en las súplicas. Aquiles, conmovido por las súplicas, entregó a Príamo el cadáver de Héctor⁷⁶; un dios airado se doblega ante una voz suplicante. Haz promesas, pues ¿en qué te perjudica el prometer?, todo el mundo puede ser rico en promesas. La esperanza se mantiene largo tiempo si se cree en ella; es, en verdad, una diosa falaz, pero conveniente.

Si has hecho regalos, puedes ser abandonado a conciencia: se llevará lo dado sin perder nada. Pero lo que no le has regalado, siempre parecerá que se lo vas a dar; así un campo estéril ha engañado a menudo al labrador; así el jugador empeñado en no perder, pierde a todas horas, y el dado atrae de continuo sus ávidas manos. Ésta es la tarea, éste el trabajo: unirse a ella desde el principio sin regalos; así, para no darte gratis lo que ya te dio, te lo seguirá dando. Que vaya, pues, tu mensaje lleno de tiernas palabras, que tantee su disposición y explore el camino. Un mensaje escrito sobre una manzana engañó a Cidipe⁷⁷ y, sin saberlo, se vio cautiva de sus propias palabras. Jóvenes romanos, os aconsejo que aprendáis las buenas artes, no sólo para defender a los temblorosos reos: lo mismo que el pueblo, el adusto juez y el selecto senado, la joven se entregará a ti vencida por tu elocuencia. Pero ocultad el talento, que no se muestre claramente vuestra facilidad de palabra; que en vuestro discurso no haya expresiones afectadas. ¿Quién sino un estúpido se dirigirá a su amada en tono declamatorio? Con frecuencia una carta ha servido para provocar el odio. Sea tu estilo natural y tus palabras las de costumbre, pero cariñosas, de modo que parezca que estás allí presente. Si no acepta tu mensaje y lo devuelve sin leer, confía en que lo leerá y permanece firme en tu propósito. Con el tiempo los novillos rebeldes acaban por someterse al yugo, con el tiempo se enseña al caballo a soportar el duro freno. El anillo de hierro se desgasta con el uso continuo y la curva reja del arado llega a su fin con el roce continuo de la tierra. ¿Qué hay más duro que la roca y más blando que el agua? Sin embargo, las duras rocas las socava el agua blanda. A la misma Penélope⁷⁸, si persistes, la vencerás con el tiempo. Ya ves que Pérgamo tardó en caer, pero al fin cayó⁷⁹. Que lo ha leído y no quiere contestar, no la obligues a ello; procura solamente que siga leyendo tus ternezas. Quien ha querido leer, querrá responder a lo leído: esas cosas llegarán por sus pasos y con el tiempo. Tal vez primero recibas una triste carta, rogándote que ceses de solicitarla; ella teme lo que te ruega y desea lo que no te ruega:

que insistas; prosigue y bien pronto verás satisfechos tus deseos.

Entretanto, si pasa tu amada tendida en la litera, acércate con disimulo a su lecho, y a fin de que nadie interponga sus oídos odiosos a tus palabras, como puedas ocúltalas en términos equívocos. O si se pasea con pies ociosos por el espacioso pórtico, también ahí debes ofrecerle tu compañía, y procura unas veces precederla, otras seguirla, ya andar de prisa, ya ir lento. No tengas reparo en dejar algunas columnas entre medias ni en ir completamente a su lado. No dejes que se sienta, tan bella, en el teatro sin ti: ella te ofrecerá con sus hombros un gustoso espectáculo. Podrás contemplarla y admirarla, podrás decirle muchas cosas con las cejas y con señas. Aplaudes la danza del actor que representa a una muchacha⁸⁰, y más todavía al que hace el papel de amante. Levántate si ella se levanta, vuelve a sentarte si se sienta, y no te pese desperdiciar el tiempo al tenor de sus antojos.

Mas no te dediques a rizarte el cabello con tenacillas ni a depilarte las piernas con áspera piedra pómez; deja que eso lo hagan quienes aúllan sus cantos frigios en honor de la madre Cibeles⁸¹. La belleza descuidada va bien a los hombres. Teseo se llevó a la hija de Minos⁸² sin ir peinado con horquilla; Fedra amó a Hipólito, que no iba acicalado, y desazón para una diosa⁸³ fue Adonis, que vivía en los bosques. Que vuestros cuerpos agraden por su limpieza y se pongan morenos en el campo de Marte⁸⁴, que la toga os quede bien y sin manchas. Que la lengua no esté rígida y los dientes carezcan de sarro; que los pies no naden perdidos en una sandalia floja; que un mal corte de pelo no te lo deje de punta: deja que sean cortados por mano experta tu cabello y la barba. No lleves largas las uñas ni sucias; no asomen los pelos por los orificios de la nariz, ni salga mal aliento de tu boca, y que el macho y padre del rebaño no lastime la nariz⁸⁵. Lo demás resérvalo a las muchachas coquetas y al varón que quiera poseer a otro varón.

Y ahora Líber⁸⁶ llama a su poeta: también él ayuda a los amantes y atiza las llamas en que él mismo se consume. La joven de Cnosos⁸⁷ erraba loca por la desconocida arena, allí donde las aguas marinas golpean la pequeña isla de Día⁸⁸, y tal como se había despertado del sueño, cubierta con una túnica desceñida, los pies descalzos y sueltos los azafranados cabellos, gritaba a las sordas olas llamando al cruel Teseo, mientras un raudal de lágrimas inmerecidas regaba sus tiernas mejillas. Gritaba y lloraba a la vez, pero ambas cosas la embellecían: no lograron afearla sus lágrimas. Y golpeándose una y otra vez con las manos sus tiernos pechos, decía: «¡Ese traidor se ha ido!, ¿qué será de mí?». «¿Qué será de mí?», decía, y sonaron entonces los címbalos⁸⁹ por todo el litoral y tambores golpeados con frenéticas manos. Cayó ella desvanecida por el miedo, dejando interrumpidas sus últimas palabras; diríase que en su cuerpo no quedaba una gota de sangre. Aparecen entonces las mimalónides⁹⁰ con los cabellos sueltos por la espalda; viene ya la turba de los sátiros⁹¹ que preceden al dios; borracho aparece el viejo Sileno, que apenas se sostiene sobre un asno de lomo arqueado cogiéndose hábilmente a las crines. Mientras persigue a las bacantes y éstas huyen y lo acosan, y mientras, como mal jinete, hostiga con la vara al cuadrúpedo que monta, ha caído resbalando por la cabeza del orejudo asno. Los sátiros gritaron: «¡Levántate, venga; levántate, padre!». Por fin llegaba el dios en su carro, que había coronado de racimos, y soltaba las riendas de oro que uncían a los tigres. Y el color y Teseo y la voz huyeron de la joven, y tres veces quiso huir y tres veces la detuvo el miedo. Se estremeció, como las espigas estériles agitadas por el viento y como la débil caña que tiembla en el húmedo pantano. El dios le dijo: «Aquí me tienes, un amor más fiel para ti. No tengas miedo, joven de Cnosos, serás la esposa de Baco. Acepta el cielo como regalo, pues como estrella en el cielo serás contemplada y muchas veces la Corona cretense⁹² guiará al navío desorientado». Así habló, y para que no se asustara ella de los tigres saltó del carro (la arena cedió al

poner el pie), la tomó en los brazos, pues ella no tenía fuerzas para resistirse, y se la llevó: es fácil para un dios poderlo todo. Unos cantan «¡Himeneo!», otros gritan «¡evión, evohé!⁹³», y así la novia y el dios se unen en el tálamo sagrado.

Así pues, cuando tengas dispuestos ante ti los dones de Baco⁹⁴ y una mujer comparta a tu lado el lecho, ruega al padre Nictelio⁹⁵ y a sus ritos nocturnos que no permitan que el vino trastorne tu cabeza. Entonces te será permitido hacer muchas insinuaciones con palabras veladas, que ella sentirá que van dirigidas a ella, y escribir con gotas de vino dulcísimas lindezas, de forma que lea en la mesa que ella es tu dueña⁹⁶, y mirarla a los ojos con ojos que declaren tu fuego: con frecuencia un semblante mudo tiene voz y palabras. Procura ser el primero en coger la copa que tocó con sus labios y bebe por el mismo lado por donde ella bebió, y cualquier manjar que hayan tocado sus dedos, cógelo y al cogerlo roza su mano. Haz también por agradar al compañero de tu amada; os será muy útil a los dos el tenerlo por amigo. Si la suerte te otorga iniciar el vino, concédele a él primero ese honor y regálale la corona que han puesto en tu cabeza. Ya sea tu igual, ya inferior a ti, déjale que tome de todo antes que tú, y no dudes en secundar lo que diga. Es un camino seguro y socorrido burlar a uno haciéndose pasar por su amigo, mas, aunque sea seguro y socorrido el camino, no deja de ser un delito. Así también un administrador se excede en su celo y cree que debe hacer más de lo que se le mandó.

Te vamos a dar la medida justa de lo que debes beber: que la mente y los pies puedan cumplir con su oficio. Evita, sobre todo, las reyertas a que incita el vino, y las manos demasiado prontas a feroces peleas. Euritión⁹⁷ murió tontamente por beber el vino que le ofrecieron. La mesa y el vino se prestan mejor al dulce juego. Si tienes buena voz, canta; si tus brazos son flexibles, baila, y con cualquier dote que tengas para deleitar, deleita. La embriaguez verdadera perjudica, y cuando es fingida puede ser útil: haz que tu lengua solapada titubee con sonido balbuciente; así, lo que hagas o digas con más

atrevimiento del normal, creerán todos que lo ocasiona el exceso de la bebida.

Desea buena suerte a tu señora y buena suerte al que duerma con ella; mas ruega que le vaya mal a él para tus adentros. Y cuando, al retirar la mesa, los convidados se vayan, la propia multitud te dará ocasión y lugar para aproximarte a ella; mézclate entre la multitud y, colocándote sin sentir a su lado, pellízcala con los dedos en el costado y roza su pie con el tuyo. Ahora es el momento de entablar conversación. ¡Huye lejos de aquí, rústico pudor! Venus y el azar ayudan a los audaces. No sometas tu elocuencia a nuestros preceptos; procura tan sólo sentir deseo, y te pondrás a hablar de forma espontánea. Tienes que representar el papel de un amante y hacerle ver con tus palabras tus heridas; procura por cualquier medio que ella te crea. Y no cuesta mucho ser creído: todas se juzgan dignas de ser amadas y ni aun la más fea está a disgusto con su aspecto. Muchas veces, sin embargo, el que simulaba empezó a amar de veras; muchas veces lo que al principio se fingía acabó siendo realidad. Razón de más, ¡oh, mujeres!, para dar facilidades a los fingidores: se convertirá en amor verdadero el que antes era falso. Sea el momento de apresar su corazón taimadamente con tiernas lisonjas, como el agua socava la ribera al fluir la corriente. No te pese alabar su rostro y sus cabellos, sus finos dedos y su pie diminuto: la mujer más casta se deleita cuando oye el elogio de su hermosura, y aun las vírgenes se preocupan por su hermosura y les agrada. ¿Por qué Juno y Pallas se avergüenzan hoy todavía de no haber ganado el juicio en los bosques de Frigia? El ave de Juno⁹⁸ despliega orgullosa su plumaje, viéndolo alabado; si la contemplas en silencio, esconde sus tesoros. A los caballos les gusta, en medio de la veloz carrera, los aplausos que se tributan a sus cuellos arrogantes y bien peinadas crines. No seas tímido en prometer: las promesas arrastran a las mujeres, y pon a los dioses que quieras como testigos de tu juramento. Júpiter desde lo alto se ríe de los perjurios de los amantes y dispone que los Notos de

Eolo⁹⁹ se los lleven y los borren. Júpiter solía jurar en falso a Juno por la Estige¹⁰⁰, y su mal ejemplo alienta hoy a todos.

Conviene que existan los dioses y, como conviene, creamos en su existencia; ofrezcamos incienso y vino en los antiguos hogares. Ellos no yacen sumidos en quietud reposada y semejante al sueño; vivid sin hacer daño, que los dioses están presentes. Devolved lo que se os ha confiado, acatad las piadosas leyes, aborreced el fraude y que vuestras manos estén limpias de sangre. Sólo, si sois listos, burlaos impunemente de las mujeres: es el único caso en que la fidelidad ha de dar más vergüenza que el engaño. Engañad a las que os engañan; en su mayor parte son gente impía: caigan presas en los lazos que os tienden.

Se cuenta que en Egipto estuvieron sin las lluvias que fertilizan los campos y la sequía duró nueve años. Entonces Trasio se presentó a Busiris y le anunció que se podía aplacar a Júpiter derramando la sangre de un extranjero¹⁰¹, y Busiris le contestó: «Tú serás la primera víctima ofrecida a Júpiter y el extranjero que traerá el agua a Egipto». Fálaris abrasó en el toro de bronce los miembros del violento Perilo: el desdichado inventor rellenó su propia obra¹⁰². Uno y otro fueron justos, pues no hay ley más justa que la de hacer perecer con su propio invento a los inventores de medios de morir. Por consiguiente, que las perjuras hallen su merecido engañadas por perjuros, y que sufra la mujer herida por el ejemplo que ella misma da.

También son provechosas las lágrimas: con lágrimas ablandarás al diamante. Si te es posible, haz que vea húmedas tus mejillas, y si te faltan las lágrimas, porque no siempre acuden a tiempo, restriégate los ojos con la mano mojada. ¿Qué experto no mezclará los besos con las palabras tiernas? Si te los niega, dáselos contra su voluntad; ella acaso resista al principio y te llame malvado; pero aunque resista, desea caer vencida. Ten cuidado tan sólo de no dañar sus tiernos labios cuando le arranques violentamente los besos, y que no pueda

quejarse de que han sido brutales. El que logra sus besos, si no se apodera de lo demás, merece perder incluso aquello que ya ha conseguido. ¿Cuánto te habría faltado después de los besos para cumplir plenamente tus deseos? ¡Ay de mí!, tosquedad fue eso y no pudor. Aunque lo llames violencia, esta violencia gusta a las mujeres: a menudo quieren que se les arranque por la fuerza lo que desean conceder. Cualquier mujer goza al ser violada por un repentino rapto de Venus y considera tal perversidad como un regalo. En cambio, la que pudiendo haber sido forzada sale intacta, aunque simule alegría en el rostro, estará triste. Febe sufrió violencia y violencia se le hizo a su hermana, y los dos raptos fueron del agrado de las raptadas¹⁰³.

Una leyenda harto conocida, y no por eso indigna de ser contada, es la de la joven de Esciros y su unión con el héroe hemonio¹⁰⁴. Ya la diosa vencedora de sus rivales en el monte Ida había dado su funesto premio por ser alabada su belleza¹⁰⁵; ya de extraño reino había llegado una nuera al palacio de Príamo y los muros de Ilión encerraban a una esposa griega¹⁰⁶. Juraron todos vengar la afrenta del marido, pues si bien el dolor era de uno solo, se volvió asunto público. Aquiles (cosa infame si no obedeciera a los ruegos de una madre) disimulaba su virilidad bajo una larga túnica. ¿Qué haces, Eácida? No es ocupación digna de ti hilar la lana. Tú has de buscar la gloria siguiendo otra arte de Palas¹⁰⁷. ¿Qué tienes que ver tú con los canastillos? Tu mano está hecha para llevar el escudo. ¿Por qué sostienes la lana en esa diestra que derribará a Héctor? Arroja los husos en que se enrolla el estambre laborioso, ¡tu mano ha de blandir la lanza del Pelión¹⁰⁸! Casualmente se acostaba en el mismo tálamo la regia doncella: fue ella quien descubrió en ese abuso que aquél era un varón. No cabe duda de que ella fue vencida por la fuerza (así conviene creerlo), pero aun así quiso ella ser vencida por la fuerza. Muchas veces le dijo «quédate», cuando ya Aquiles se apresuraba a partir, pues había dejado la rueca y empuñado las poderosas armas. ¿Dónde está ahora esa

violencia? ¿Por qué demoras, Deidamía, con palabras cariñosas al autor de tu deshonra?

Evidentemente, igual que da pudor ser la primera en hacer ciertas cosas, gusta que otro sea el que empiece. Excesiva confianza pone en su propia belleza el joven que espera que sea ella quien ruegue en primer lugar. Es él quien ha de acercarse primero, quien ha de decir palabras suplicantes; que ella acogerá con agrado las súplicas cariñosas. Para poseerla, ruega; ella sólo desea que le rueguen; declárale la causa y el principio de tu deseo. Júpiter se acercaba suplicando a las antiguas heroínas: ninguna sedujo al gran Júpiter. No obstante, si ves que tus súplicas tan sólo sirven para hincharla de orgullo, desiste de tu pretensión y vuelve atrás los pasos. Muchas desean al que huye y aborrecen al que insiste: insistiendo menos, evitarás que se harte de ti. Y no siempre el que ruega ha de manifestar su esperanza de goce amoroso: que entre el amor cubierto bajo el nombre de amistad. Por este medio he visto sucumbir a más de una mujer intratable: el que antes era su amigo se convirtió en su amante.

El color blanquecino queda mal al marinero: ha de ser moreno por el agua del mar y los rayos del sol; también queda mal al labriego, que sin descanso remueve la tierra a la intemperie con la curvada reja y los pesados rastrillos; y tú, que aspiras al premio de la corona de Palas¹⁰⁹, mal quedarías si tu cuerpo fuese blanquecino. ¡Pálido esté, en cambio, todo el que ama! Es el color propio del amante; es lo que le va: muchos creerán que se encuentra enfermo. Pálido vagaba Orión¹¹⁰ por los bosques por amor a Side, pálido estaba Dafnis por amor a una náyade insensible¹¹¹. Que tu delgadez pregone tu estado de ánimo, y no repares en cubrir con el velo de los enfermos tus brillantes cabellos. Las noches en vela, las cuitas y el dolor que produce un gran amor adelgazan el cuerpo de los jóvenes. Para lograr tus deseos, has de inspirar lástima; que quien te vea pueda decir: «Estás enamorado».

¿Lamentaré o simplemente advertiré que lo lícito y lo ilícito andan mezclados? La amistad es un nombre, la fidelidad es un nombre sin sentido. ¡Ay de mí!; es peligroso ensalzar a la que amas en presencia de un amigo; si éste da crédito a tus alabanzas, tratará de quitártela. «Mas el Actórida¹¹² —dirás— no mancilló el lecho de Aquiles, y Fedra conservó su pudor junto a Pirítoo¹¹³. Pílates amó a Hermíone¹¹⁴, como Febo a Palas, y así era para ti, hija de Tindáreo, tu gemelo Cástor¹¹⁵». Si alguien espera hoy ejemplos semejantes, que espere coger algún fruto del tamariz y encontrar miel en la corriente de un río. Nada nos atrae si no es deshonesto; cada cual se preocupa de su placer, y aunque proceda del dolor de otro, nos agrada.

¡Qué maldad!, no es al enemigo al que ha de temer el amante; huye de los que consideras fieles, y estarás seguro; desconfía del pariente, del hermano y del caro amigo, porque todos ellos te causarán verdaderos temores.

Iba a terminar, pero como son tan diversos los corazones de las mujeres, conquista de mil maneras esos miles de temperamentos. Tampoco una misma tierra produce de todo: una conviene a las vides, otra a los olivos; más allá crecen con fuerza los cereales. Hay tantas maneras de ser en los corazones como formas en el universo; el que sabe se acomoda a los innumerables caracteres, y como Proteo, unas veces se quedará reducido a corriente de agua, otras será un león, otras un árbol, otras un hirsuto jabalí¹¹⁶. Aquí pescan con arpón, allí con anzuelo, allá arrastran los peces en las redes combadas con maroma tensa. Tampoco a ti te conviene el mismo estilo para todas las edades: la cierva cargada de años ve desde lejos las trampas. Si te muestras docto ante la novata o atrevido ante la vergonzosa, pronto desconfiará la desdichada de sí misma. De ahí que la que teme entregarse a un hombre honesto, caiga en los brazos de un ser despreciable e inferior.

Me queda una parte del trabajo emprendido, la otra parte ya está concluida¹¹⁷; que el ancla echada detenga aquí nuestra nave.

1 En la mitología griega, era el auriga o conductor del carro de Aquiles, el gran héroe griego cantado en la *Ilíada* de Homero.

2 La nave de los argonautas, que fue construida con madera del monte Pelio, situado en Tesalia, también llamada Hemonia. Los argonautas fueron los expedicionarios que marcharon en busca del vellocino de oro.

3 Se refiere al centauro Quirón, que educó a Aquiles.

4 Hijo del rey de Troya. Héctor mató al griego Patroclo y por ello Aquiles se enfrentó a él y le dio muerte.

5 Se refiere a Aquiles, por ser nieto de Éaco.

6 Dios Apolo, hijo de Zeus (el Júpiter romano). Se lo consideraba inspirador de músicos y poetas, pues tocaba la lira.

7 Son las nueve musas, hijas de Zeus e inspiradoras de todos los poetas en sus diversos géneros. Apolo es quien dirige su cortejo.

8 Lugar donde nació el poeta griego Hesíodo y donde se le aparecieron las musas. En su obra *Teogonía* explica el origen del mundo y la genealogía de los dioses. Ovidio contrapone así el género didáctico por inspiración divina a su obra didáctica fruto de la experiencia.

9 Alude a Venus, la diosa del amor.

10 El vestido largo y las cintas que recogían el pelo eran distintivos en época augustea de la honorable matrona: mujer casada de clase alta, que estaba obligada a guardar el recato, pues se valoraba su fidelidad y su función reproductiva. Ovidio declara así que su obra no va dirigida a las matronas.

11 Ovidio recurre al tópico de la *militia amoris* al identificar al amante con un soldado y al amor con la guerra.

12 La imagen del poeta como auriga es otro tópico literario.

13 Andrómeda era hija del rey de Etiopía y, atada a una roca, iba a ser devorada por un monstruo marino, pero Perseo la salvó y tras hacerla su esposa se la llevó a Grecia.

14 Se refiere al rapto de Helena por Paris. La diosa Afrodita (la Venus romana) ayudó a Paris a raptar a la que era esposa del rey de Esparta y ello provocó la guerra de Troya.

15 Monte y pueblo de Asia Menor, de fértiles campos.

16 Ciudad de la isla de Lesbos, famosa por sus vinos.

17 Héroe troyano, hijo de Anquises y Afrodita (la Venus romana). En la *Eneida*, Virgilio lo entronca con la fundación de Roma.

18 Alude a la constelación del signo Leo, a la que el sol se acerca a finales de julio.

19 Se refiere al pórtico de Octavia, junto al teatro de Marcelo, su hijo.

20 Esposa de Augusto, primer emperador romano (27 a. C. a 14 d. C.).

21 Las bélides son las nietas de Belo, padre de Dánao. Se las conoce como las danaiides y en su noche de bodas con sus primos, los mataron por iniciativa de su

padre Dánao. Esta leyenda está esculpida en el pórtico de Apolo, erigido por Augusto.

22 Es conocida la pasión de Afrodita o Venus por el bello Adonis. A estas fiestas solían acudir las cortesanas.

23 Alude al culto judío del sábado.

24 Era la diosa egipcia Isis, adorada en Menfis. Fue amada por Júpiter y metamorfoseada en vaca.

25 Templo mandado construir por César en el foro de Julio César.

26 Ninfas que se hallaban esculpidas en una fuente ante el templo de Venus.

27 Ovidio recrea el mito del rapto de las sabinas para argumentar que desde la creación de Roma ya se utilizaba el teatro como lugar de encuentros amorosos. Rómulo, a quien Virgilio hizo descender de Eneas, fue el fundador de Roma y ante la falta de mujeres organizó unos juegos con los sabinos para raptar a sus mujeres.

28 En la Roma refinada de la época de Ovidio, se colocaban toldos para proteger del sol a los espectadores y se rociaba el escenario con perfume de azafrán, hábito muy distinto de la sencillez de la Antigua Roma.

29 Una de las siete colinas de Roma. Según la mitología romana, en este monte estaba la cueva donde se encontró a los niños Rómulo y Remo con la loba que los amamantó.

30 Ironía de Ovidio al utilizar la expresión justificatoria de la moral dominante impuesta por Augusto para el efecto contrario: argumentar la causa de que sea habitual el juego seductor en el teatro.

31 En aquella época aún se organizaban a veces en el foro las luchas de gladiadores, que posteriormente quedaron reservadas al anfiteatro.

32 Cupido, el dios del amor, que ataca con sus flechas.

33 Ovidio juega con las heridas de los gladiadores y las del amor.

34 Atenienses. El nombre procede de Cécrope, primer rey de Atenas.

35 Para la fiesta de consagración del templo de Marte, en agosto del año 2 a. C., César organizó la representación de la batalla de Salamina en un lago artificial creado a orillas del río Tíber.

36 Con el recurso estilístico de la paronomasia (semejanza de dos palabras: *orbis / Urbe*), Ovidio hace ver la capitalidad del mundo que representaba Roma, tanto en lo político como en el amor y la diversión.

37 Reino ubicado en Mesopotamia y gran enemigo de Roma: abarcaba la meseta del actual Irán, el valle del Tigris y el Éufrates y parte de Siria.

38 Con el plural se refiere al triunviro Craso y a sus soldados, que murieron en la derrota romana de Carras en el año 53 a. C.

39 Alude a Cayo César, nieto de Augusto.

40 Se refiere a Hércules, hijo de Júpiter y Alcmena.

41 Vara enramada, cubierta de hojas de hiedra y parra, que suele llevar como cetro la figura de Baco, el dios adolescente del vino y la diversión.

42 Augusto era el padre adoptivo de Cayo desde la muerte de su padre natural, Agripa, pues Augusto era su abuelo por parte de madre (Julia).

43 Ovidio contrasta los elogios a los jefes romanos Augusto y Cayo con las acusaciones a los reyes partos, que subían al trono tras matar a su antecesor, que era el padre.

44 Dios de la guerra. Era padre de Rómulo y Remo y, por lo tanto, de todo el pueblo romano.

45 Aquí Marte es metonimia en sustitución de «forma de hacer la guerra», como antes «espalda» y «pecho» eran metonimias para designar la cobardía y la valentía, respectivamente.

46 Ovidio imagina aquí el desfile triunfal romano, en el cual el general triunfante solía vestir una toga de púrpura con bordados de oro.

47 Tras este excursus épico de alabanza a la familia augusta, que Ovidio intercala aprovechando el espectáculo de la batalla naval por el paralelismo que ofrecía la lucha antigua de los persas y atenienses con la de su época entre partos y romanos, el poeta vuelve a sus consejos amorosos.

48 Además de los romanos y de los vencidos, desfilaban personificaciones o pinturas de los lugares conquistados.

49 Relaciona Persia con el personaje de Perseo, hijo de Dánae.

50 El juicio de Paris simboliza el juicio sobre la belleza femenina. Se produjo a raíz de la boda de Peleo y Tetis, donde se invitó a todos los dioses menos a Eris (la Discordia), quien arrojó entonces a las tres máximas diosas una manzana de oro con la inscripción: «Para la más bella». Hera, Atenea y Afrodita (Juno, Minerva y Venus en la mitología romana) se disputaron la manzana y Zeus (Júpiter) lo dejó al juicio de Paris. Las tres diosas se presentaron desnudas ante Paris y cada una le ofreció un regalo: Hera, el dominio de Asia; Atenea, continuos triunfos en guerras; Afrodita, la mujer más hermosa del mundo: Helena de Esparta. Y Paris eligió a esta última diosa, quien le ayudó a conseguir a Helena.

51 Era célebre el balneario de Bayas, cerca de Nápoles, y los escritores romanos solían referirse a su inmoralidad.

52 El culto del templo de Diana tenía la peculiaridad de que el aspirante a sacerdote debía matar a su predecesor en el puesto.

53 Es la musa de la comedia y de la poesía ligera.

54 Metáfora para referirse a los versos de desigual medida que forman el dístico elegíaco (hexámetro y pentámetro), utilizado en esta obra.

55 Se enamoró de su hermano Cauno y según unas tradiciones se ahorcó, en tanto, según otras, se transformó en fuente por sus lágrimas. Esta última es la versión que recoge Ovidio en su *Metamorfosis*.

56 Mirra se enamoró de su padre, el rey de Chipre, y se acostó con él mediante engaño. Cuando su padre se enteró, quiso matarla y ella huyó y anduvo errante. Los

dioses se apiadaron de ella y la convirtieron en el árbol de la mirra, del cual nació meses más tarde Adonis.

57 Monte de Creta. Habla ahora de Pasífae, esposa de Minos, rey de Creta.

58 Se refiere a Baco, pues Aonia era el nombre primitivo de Beocia, y las bacantes acompañaban al dios en sus orgías.

59 Europa fue raptada por Zeus (Júpiter) en forma de toro. Io fue amada también por Zeus y éste la metamorfoseó luego en ternera para que no la descubriera su esposa, la celosa Hera (Juno).

60 El hijo nacido fue el Minotauro, monstruo mitad toro y mitad hombre.

61 La cretense Aérope, nieta de Minos y esposa de Atreo, rey de Micenas, de cuyo hermano Tiestes se enamoró. Aérope robó el cordero de oro que tenía Atreo para dárselo a Tiestes, y éste hizo nombrar rey a quien poseyera tal cordero, con lo cual le quitó el reino a su hermano; pero Zeus (Júpiter) previno a Atreo de que iba a cambiar el curso del sol, para que él pactara con Tiestes que si eso ocurría pasara de nuevo a él el trono, y es lo que sucedió: Febo (el Sol) dio la vuelta a su curso normal.

62 Se refiere a Escila, aunque Ovidio funde aquí a dos personajes en uno. Por un lado, estaba la Escila hija de Niso, rey de Mégara, ciudad que fue asediada por Minos, de quien estaba enamorada ella; para que él pudiese entrar en la ciudad, Escila le cortó a su padre el cabello de púrpura. Por otro, está la Escila que, por obra de la maga Circe, se convierte en monstruo marino con cabezas de perro en las ingles.

63 Agamenón, hijo de Atreo, fue asesinado por su esposa Clitemnestra, celosa de sus amores con Casandra.

64 Creúsa era hija del rey de Corinto (llamado antiguamente Éfira). Alude a la venganza de Medea sobre su esposo Jasón cuando él la abandonó por Creúsa: mandó a ésta un manto que al ponérselo se incendió y mató a sus propios hijos habidos con Jasón.

65 Fénix fue cegado por su padre por haber tenido relaciones amorosas con su propia concubina, o al menos ella le acusó de seducirla.

66 Hijo de Teseo. Fue maldecido por su padre cuando la mujer de éste, Fedra, que era madrastra de Hipólito, acusó al hijo de seducirla. Fue la venganza de Fedra por haber sido rechazada por éste.

67 La segunda esposa de Fineo, rey de Tracia, acusó de seducción a los hijos de su anterior matrimonio y el padre los dejó ciegos, castigo que luego sufriría el propio padre.

68 Troya. Ovidio identifica a la mujer perseguida con la ciudad asediada. El caballo de Troya entró en la ciudad un día de fiesta.

69 Diosa del trigo y la cosecha. Se corresponde con la griega Deméter.

70 Al igual que en las *Geórgicas* de Virgilio y anteriormente en *Los trabajos y los días* del griego Hesíodo se indicaban los días y tiempos propicios para la agricultura, Ovidio señala los días favorables para la conquista amorosa. Entronca

así con la tradición de la poesía didáctica, a la vez que se burla por aplicarla al tema amoroso.

71 Las calendas era el primer día de cada mes. El mes de Venus es abril, que sigue a marzo, atribuido a Marte; por tanto, se refiere al 1 de abril, fiesta de Venus y de las mujeres y el amor.

72 Eran siete hermanas a las que perseguía Orión. Los dioses las transformaron en palomas y luego en estrellas formando la constelación que lleva su nombre. Son más visibles en noviembre, época de tormentas.

73 Se refiere a la constelación de la Cabra y los Cabritos, del otoño.

74 Afluente del Tíber, a cuyas orillas tuvo lugar una desastrosa derrota de los romanos frente a los galos el 18 de julio del 390 a. C.

75 Los romanos escribían los mensajes sobre tablillas enceradas.

76 En la guerra de Troya, Héctor fue herido por Aquiles y antes de morir le suplicó poder ser sepultado, pero Aquiles se negó. Gracias a los ruegos del rey Príamo, padre de Héctor, terminó accediendo Aquiles.

77 De Cidipe estaba enamorado Aconcio y él le tiró una manzana con la inscripción: «Por Ártemis, me casaré con Aconcio». Al leerla ella en voz alta, quedó obligada a cumplir el juramento.

78 Esposa de Ulises, a quien esperó veinte años desde que marchó a la guerra de Troya. Representa la fidelidad por antonomasia.

79 La guerra de Troya (Pérgamo) duró diez años.

80 Los personajes femeninos podían ser interpretados por mujeres o por hombres.

81 Los sacerdotes de la diosa Cibeles eran modelo de afeminamiento.

82 Ariadna, hija del rey Minos y Pasífae, se enamoró de Teseo cuando éste llegó a Creta a matar al Minotauro, y le ayudó a salir del laberinto.

83 Se refiere a Venus.

84 Lugar donde se practicaban ejercicios deportivos y gimnasia.

85 Forma perifrástica de decir que no huelan mal las axilas, pues se utilizaba la expresión «macho cabrío» para referirse a ese mal olor.

86 Baco, el dios del vino, la diversión y el poder embriagador de la naturaleza.

87 Ariadna. Cnosos era la ciudad de Creta más importante de la civilización minoica.

88 Nombre con que también se designa la isla de Naxos, donde Teseo abandonó a Ariadna mientras ella dormía en la playa, tras haber huido juntos de Creta.

89 Instrumento musical muy parecido a los platillos, que usaban los griegos y romanos en algunas de sus ceremonias religiosas.

90 Es otro nombre para las bacantes, seguidoras de Baco en sus orgías.

91 Divinidades de la naturaleza de tremenda fogosidad sexual, que perseguían a las ninfas, bacantes y doncellas. Sileno es uno de ellos, ya viejo.

92 Baco ofreció a Ariadna una corona como regalo de bodas, que luego se transformó en la constelación de la Corona Boreal.

93 El himeneo era el canto nupcial y el evohé era el grito orgiástico de las bacantes en honor a Baco, también llamado Evio.

94 Se refiere ahora al vino y poco después al lecho donde se recostaban para comer en un banquete, enlazando así con la historia del dios.

95 Otro nombre con que se designa a Baco, que alude a la noche, cuando se celebraban sus ritos orgiásticos de las bacanales.

96 Ovidio recurre al tópico del *servitium amoris*, que tan utilizado será posteriormente en el siglo XII en el «amor cortés» de la literatura provenzal: la amada es la dueña o señora a cuyo servicio está el enamorado.

97 Centauro que bebió en exceso en la boda de Hipodamía y el lápita Pirítoo e intentó raptar a la novia. Al final se enzarzaron en una pelea los lápitas y centauros, en la cual murió Euritión.

98 El pavo real. Juno es esposa de Júpiter y éste le era a menudo infiel.

99 Noto es el dios del viento Sur. Eolo es el dios de todos los vientos.

100 Río de los infiernos personalizado en forma de ninfa.

101 Trasio (Frasio en las demás fuentes) era un adivino de Chipre y Busiris era el rey de Egipto.

102 Fálaris fue un tirano muy cruel de Agrigento (Sicilia) y un tal Perilo le regaló un toro hueco de bronce como instrumento de tormento, para que metiera en él a sus víctimas y pusiera el toro al fuego. Fálaris le recompensó haciendo de él su primera víctima.

103 Se trata del rapto de Febe e Hilaira, hijas de Leucipo, por sus primos Cástor y Pólux.

104 Ella es Deidamía, hija de Licomedes, rey de la isla griega de Esciros, y él es Aquiles, quien nació en Tesalia (antigua Hemonia). Aquí Ovidio recoge una tradición distinta de la de Homero, ya que presenta a Aquiles oculto durante nueve años en la isla de Esciros para no ir a la guerra de Troya y, disfrazado de doncella, acaba teniendo un hijo con Deidamía.

105 Se refiere a Venus y su victoria en el juicio de Paris, por lo cual otorgó a éste como premio a Helena. Fue funesto porque Helena era la esposa de Menelao y el rapto provocó la guerra entre griegos y troyanos.

106 Al ser Paris hijo de Príamo, rey de Troya, la nuera es Helena, que procedía de Grecia y era esposa del rey de Esparta, una de las polis (ciudad estado) más importantes de la Antigua Grecia. Paris la trae a Troya, también llamada Ilión.

107 Palas Atenea era la diosa de la guerra al tiempo que patrocinaba las tareas femeninas del tejido y bordado.

108 En el monte Pelión recibió Peleo la lanza que le talló Quirón y que luego pasó a su hijo Aquiles cuando marchó a la guerra de Troya.

109 Se refiere a los atletas, que en los juegos olímpicos eran premiados con una corona de rama de olivo, árbol consagrado a Palas.

110 Gigante de belleza y fuerza proverbiales, y hábil cazador.

111 Dafnis se crió en el bosque y lo educaron las ninfas o náyades. Juró amor a una de ellas, Nomia, pero otra mujer lo emborrachó y yació con él. Nomia se vengó cegando a Dafnis y él cantaba su dolor en poemas tristes.

112 Patroclo (nieto de Áctor) era el fiel amigo de Aquiles.

113 Pirítoo era gran amigo de Teseo, el marido de Fedra.

114 Pílates era amigo íntimo de Orestes, que se casó con Hermíone.

115 El amor casto entre Pílates y Hermíone lo compara ahora con el que había entre las parejas de hermanos Febo y Palas, y Cástor y Helena.

116 Proteo era un dios marino que tenía el don de la profecía, pero no le gustaba decir a los mortales lo que sabía y, para evitar que le consultaran, se transformaba en múltiples seres.

117 Ovidio muestra aquí, a la vez que al comienzo del libro, que su intención inicial era hacer sólo dos partes; por eso se cree que el tercer libro del *Arte de amar*, con consejos a las mujeres, lo añadió tiempo después.

Libro Segundo

Decid «¡oh, Peán¹¹⁸!», decid por segunda vez «¡oh, Peán!»: la presa que acosaba cayó en mis redes. El amante, contento, premia mis versos con una palma verde y me eleva por encima de los ancianos de Ascra y de Meonia¹¹⁹. Así se sentía el huésped hijo de Príamo con la esposa raptada al irse de la armífera Amiclas¹²⁰, desplegando sus velas blancas, y así, Hipodamía, el que en su carro vencedor te llevaba, transportada sobre ruedas extranjeras¹²¹.

¿Por qué te apresuras, joven?; tu barco navega en medio de las olas, y el puerto al que me dirijo está muy lejano. No basta que la muchacha haya venido hasta ti gracias a mis versos: por mi arte la conseguiste, por mi arte has de conservarla. No tiene menos mérito que conquistar el guardar lo conquistado: en aquello interviene el azar, esto será obra del arte.

Ahora, pues, niño y Citerea¹²², si alguna vez me fuisteis propicios, venid en mi ayuda; y tú, Erato¹²³, que tienes el nombre del Amor. Voy a hablar de un tema grandioso: las artes precisas para que perdure el Amor, ese niño vagabundo de tan vasto universo. Es ligero y tiene dos alas con que revolotear; así que es muy difícil imponerle medida.

Minos había previsto todo contra la fuga de su huésped; mas éste halló una audaz salida con sus plumas¹²⁴. Apenas Dédalo hubo encerrado aquel toro medio hombre y hombre medio toro, que concibiera una madre criminal, dijo: «Acabe

ya mi destierro, justísimo Minos; que mi tierra paterna acoja mis cenizas, y ya que, zarandeado por hados adversos, no he podido vivir en mi patria, deja que pueda morir en ella. Si consideras mi vejez indigna de tu gracia, deja que regrese mi hijo; y si no quieres perdonar al muchacho, perdona a su anciano padre». Esto dijo, mas ya podía decir esto y mucho más; aquél no permitía su regreso. Tan pronto como se dio cuenta de ello, se dijo: «Ahora, Dédalo, ahora tienes la ocasión de mostrar tu ingenio. Minos posee la tierra y posee el mar: ni el suelo ni el agua permiten nuestra fuga; sólo queda el camino del cielo, ¡por el cielo intentaremos ir! ¡Júpiter poderoso, concédeme tu venia en tal intento! No me propongo alcanzar las celestes mansiones, pero no encuentro más salida que ésta para huir. Si se nos abre un camino a través de la Estige, atravesaremos a nado las aguas estigias: me veo obligado a cambiar las leyes de mi naturaleza».

Las desgracias avivan con frecuencia el ingenio: ¿quién hubiera creído jamás que el hombre sería capaz de dominar los caminos del aire? Dédalo dispone ordenadamente unas plumas, remo de las aves¹²⁵, y ata el endeble armazón con hilo de lino, asegura las extremidades con cera derretida al fuego y termina así el trabajo del nuevo invento. El muchacho, gozoso, manejaba la cera y las plumas, ignorando que fuese un armazón destinado a sus hombros. El padre le dijo entonces: «Con estas naves hemos de llegar a nuestra patria, con su auxilio tenemos que escapar de Minos. No ha podido Minos cerrarnos el aire, todo lo demás sí; puesto que el aire se nos permite, atraviésalo con mi invento. Pero no debes buscar con la mirada a la doncella de Tegea¹²⁶, que acompaña al Boyero, ni a Orión¹²⁷, el que lleva una espada. A mí es a quien debes seguir con las alas que te he dado, yo iré delante: tú preocúpate de seguirme; guiándote yo, estarás seguro; pues si avanzamos por los aires celestes cerca del Sol, la cera no soportará el calor, y si agitamos las alas en las zonas bajas próximas al mar, las plumas al moverse se humedecerán con las aguas del oleaje. Vuela entre uno y otro. Teme también, hijo, a los

vientos, y donde te lleven las brisas, deja que tus velas obedezcan a su impulso». Mientras le da estos avisos, adapta el armazón al muchacho y le enseña a moverlo; le instruye igual que una madre a sus débiles polluelos. Luego ajusta a sus hombros las alas que fabricó para sí, y con timidez va soltando su cuerpo por el nuevo camino. Ya dispuesto a volar, dio unos besos a su hijo y las mejillas paternas no pudieron contener las lágrimas.

Había una colina que, sin alcanzar la altura de un monte, dominaba los campos, y desde ella se lanzaron los dos a una fuga desdichada. Dédalo mueve las alas y no pierde de vista las de su hijo, mientras va manteniendo el rumbo. Ya empieza a gustarles el nuevo camino y, perdido el miedo, Ícaro vuela más fuerte con el atrevido invento. Alguien los vio al tiempo que pescaba con trémula caña y, del asombro, su diestra soltó el trabajo iniciado. Ya se veía Samos a la izquierda (atrás habían dejado Naxos, Paros y Delos, tan amada del dios Clario¹²⁸) y a la derecha Lebinto, y Calimne, umbría por sus bosques, y Astipalea¹²⁹, rodeada de pantanos abundantes en pesca, cuando el muchacho, temerario en exceso por su incauta edad, se elevó más alto en el aire y abandonó a su padre. Se aflojan los nudos, la cera se derrite por la proximidad del sol, y por más que mueve los brazos, no acierta a sostenerse en el liviano aire. Aterrado, desde lo más alto del cielo miró el mar, y una noche nacida de su pavoroso espanto se le vino a los ojos. ¡La cera se había derretido!; agita los brazos desnudos y tiembla, falto de sostén. Se precipitó, y al caer, exclamó: «¡Padre, padre mío, me veo arrastrado!», y las verdes aguas cerraron la boca que hablaba. El infeliz padre, que ya no lo era, grita: «¡Ícaro!». A gritos lo llama: «¡Ícaro!, ¿dónde estás?, ¿por qué región del cielo vuelas?». «¡Ícaro!», aún gritaba, cuando vio las plumas sobre las aguas. Sus huesos los cubre la tierra, y el mar lleva su nombre¹³⁰. Minos no pudo frenar las alas de un hombre, y yo me empeño en detener a un dios que vuela.

Se equivoca el que recurre a las artes heimonias¹³¹ y emplea lo que extrae de la frente de un potro¹³². Las hierbas de Medea¹³³ y los ensalmos de los marsos¹³⁴, con sus acentos mágicos, no consiguen que el amor perviva. La del río Fasis hubiera retenido al Esónida¹³⁵ y Circe a Ulises si los encantamientos pudiesen conservar el amor. De nada aprovecha a las jóvenes tomar filtros amorosos: esos filtros turban la razón y excitan el furor. ¡Quede lejos todo lo sacrílego!; para ser amado, sé amable, y eso no te lo proporcionará tu rostro ni tu hermosura únicamente. Aunque fueses Nireo, adorado por el viejo Homero, o el tierno Hilas, raptado criminalmente por las náyades, para conservar a tu dueña y no asombrarte de ser abandonado, añade las cualidades del espíritu a los dones corporales. La belleza es don muy frágil y según crece en años disminuye y su propia duración la aniquila. No siempre florecen las violetas ni los lirios abiertos, y al perderse la rosa queda la punzante espina. Ya te llegarán a ti, hermoso, los cabellos canos, ya te llegarán las arrugas que surcarán tu cuerpo. Fortalece tu espíritu para que dure y edifícalo junto a la belleza: es el único que permanece hasta el último suspiro. Aplícate al cultivo de tu mente con las artes liberales y al estudio de las dos lenguas¹³⁶. Ulises no era hermoso, pero sí elocuente, e hizo sufrir por amor a dos divinidades marinas¹³⁷. ¡Cuántas veces Calipso se dolió viéndole apresurar la partida y negó que el mar fuera propicio para sus remos! Una y otra vez le rogaba ella que le contase la caída de Troya, y él solía relatar muchas veces lo mismo de distinto modo. Se habían parado en la playa y también allí la hermosa Calipso le pidió que le refiriese el cruel destino del rey odrisio¹³⁸. Él, con una vara delgada (pues casualmente llevaba una vara), traza en la compacta arena el cuadro que le pide. «Ésta —le dice— es Troya (y dibuja los muros en la arena); imagina que éste es el Símois¹³⁹ y que esto sea mi campamento. Había una llanura (y traza una llanura) que regamos con la sangre de Dolón, cuando espiando quiso apoderarse de los caballos del hemonio¹⁴⁰. Allí estaban

las tiendas del sitonio Reso; por aquí regresé yo con los caballos robados esa noche». Y pintaba muchos trazos, cuando una ola repentina se llevó Pérgamo y el campamento de Reso con su rey. Entonces la diosa dijo: «¿Ves los nombres tan insignes que han destruido las olas que tú crees fiables para tu viaje?».

Así pues, seas quien seas, confía poco en tu engañoso semblante y ten algo que valga más que el cuerpo. Una afectuosa indulgencia gana del todo los corazones; la aspereza engendra odios y guerras enconadas. Odiamos al gavilán porque vive siempre en armas, y a los lobos, que suelen lanzarse sobre el atemorizado rebaño; en cambio, la golondrina, por ser mansa, no es acosada por los hombres y tiene el ave de Caonia¹⁴¹ torres donde anidar. ¡Quedaos lejos, peleas y disputas de amarga lengua! El tierno amor debe alimentarse de dulces palabras. Que por peleas huyan las esposas de los maridos y los maridos de las esposas, y crean estar siempre con mutuos agravios; esto conviene a las casadas: las peleas son la dote del matrimonio. ¡La amiga sólo ha de oír palabras de su agrado! No os habéis reunido en el mismo lecho por mandato de la ley; el amor sirve de ley entre vosotros. Prodígle tiernos halagos y palabras que agraden a su oído para que se regocije con tu llegada.

No vengo yo a ser maestro del amor para los ricos: el que puede hacer obsequios no necesita mi arte. Lleva consigo el talento quien dice cuando quiere: «Toma». Me doy por vencido: agrada él más que mis ingeniosidades. Soy el poeta de los pobres porque amé siendo pobre, y como no podía dar regalos, daba palabras. El pobre ame con discreción, el pobre no se atreva a maldecir y soporte muchas cosas que no tolerarían los ricos. Recuerdo que en cierta ocasión, airado, alboroté los cabellos de mi dueña, y ¡cuántos días me privó de ella ese instante de ira! Ni creo ni noté que le rompiese la túnica; pero ella lo afirmó, y tuve que comprarle otra con mi dinero. Vosotros, si sois listos, evitad los errores de vuestro maestro y temed los daños que trajo consigo mi falta. Las

guerras sean con los partos; con vuestra refinada amiga haya paz, diversión y cualquier cosa que mantenga el amor. Si no es suficientemente tierna y dulce cuando la amas, persevera y sigue: con el tiempo se ablandará. La rama del árbol se curva fácilmente si la doblas poco a poco, y se rompe si ejerces toda tu fuerza. Si sigues el curso del agua, pasarás el río, pero no podrás si nadas contra la corriente que te arrastra. Con tolerancia se doman los tigres y leones de Numidia¹⁴², y poco a poco se somete el toro al rústico arado. ¿Hubo criatura más áspera que Atalanta de Nonacris¹⁴³? Pues con toda su fiereza sucumbió a los méritos de un hombre. Cuentan que muchas veces Milanión¹⁴⁴ lloró bajo los árboles su tormento y la crueldad de la doncella; muchas veces, por obedecerla, cargó en el cuello las engañosas redes¹⁴⁵, muchas veces atravesó con fiera lanza los torvos jabalíes; hasta se sintió herido por el arco tensado de Hileo¹⁴⁶, aunque otro arco¹⁴⁷ le era más conocido que ése. Yo no te ordeno que así armado trepes por los bosques del Ménalo¹⁴⁸, ni que lleves las redes al cuello, ni que ofrezcas el pecho a las saetas dirigidas contra ti: blandas serán las órdenes de mi cauto arte.

Cede cuando te sea esquivia; cediendo saldrás victorioso. Haz únicamente el papel que ella te mande representar. Que acusa ella, acusa tú; lo que ella apruebe, apruébalo; lo que diga, dilo; lo que niegue, niega; que ríe, ríete; si llora, acuérdate de llorar: que ella imponga las leyes a tu semblante. O si juega y tira con sus dedos los dados de marfil, tíralos tú mal y dáselos después de tirar mal; o si juegas a las tabas, para que no sufra el castigo de perder, haz que te salgan a menudo los malditos perros¹⁴⁹; o bien si movéis las piezas en el tablero, deja que tu soldado caiga en poder de su enemigo de vidrio¹⁵⁰. Sujétale tú mismo la sombrilla abierta; tú mismo ábrele camino entre la gente por donde ella pasa, y no vaciles en acercarle un escabel a su blando lecho, y quítale o cálzale la sandalia a su pie delicado. Muchas veces incluso, aunque tú mismo estés tiritando, tendrás que calentar su mano helada en tu seno, y no consideres vergonzoso para ti (aunque sea

vergonzoso, te gustará) sostenerle el espejo con tu mano de hombre libre. Aquel que, una vez cansada su madrastra de interponerle monstruos, se ganó el cielo que él mismo sostuvo antes¹⁵¹, se cree que sostenía un cesto de costura e hilaba la áspera lana entre las doncellas de Jonia. El héroe de Tirinto obedeció los mandatos de su señora¹⁵²: ¡anda, pues, y duda de sufrir lo que él sufrió! Si te ordena presentarte en el foro, procura ir siempre antes de la hora que te indique, y no te marches si no es tras largo rato. Si te dice que acudas a algún sitio, deja todo, corre y que la multitud no retrase tus pasos. De noche, volviendo ella a casa después de un banquete, incluso entonces, si llama a un esclavo, ve tú en su lugar. Que está en el campo y te dice «ven» (el amor odia a los perezosos), a falta de vehículo emprende a pie la caminata. No te retrase el mal tiempo o la ardiente canícula, ni el camino tornado blanco por la nieve caída. El amor es una especie de milicia: apartaos los pusilánimes; no son hombres tímidos quienes han de defender estas enseñanzas. La noche y el invierno, y largos caminos y dolores severos, y toda suerte de trabajos se hallan en este tierno campamento. A menudo tendrás que soportar el chaparrón que suelta una nube del cielo y aterido de frío habrás de yacer a menudo sobre el duro suelo. Dicen que el Cintio¹⁵³ apacentó las vacas de Admeto, rey de Feras, y se recogía en una pequeña cabaña. Lo que fue honroso para Febo, ¿para quién no lo es? Despójate del orgullo, tú, seas quien seas, que te preocupas por mantener el amor. Si te niegan un acceso fácil y seguro y te oponen la puerta asegurada con el cerrojo, tú, a pesar de eso, deslízate por el hueco del tejado o que sea una alta ventana la que te ofrezca un camino furtivo. Se alegrará y sabrá que ella es la causa de que te hayas puesto en peligro. Esto será para tu dueña la prenda de un amor verdadero. Muchas veces pudiste, Leandro, abstenerte de tu amada; sin embargo, pasabas el estrecho a nado para que ella conociese tu arrojo¹⁵⁴.

No te dé vergüenza ganarte a las criadas, desde la primera en el rango, ni te dé vergüenza ganarte a los siervos: saluda a

cada cual por su nombre (nada pierdes) y, amante ambicioso, estrecha en las tuyas sus manos serviles. Pero además, al siervo que te lo pida, ofrécele algún regalillo (poco cuesta) el día de la Fortuna¹⁵⁵, y ofréceselo también a las criadas el día en que la hueste de los galos pagó su castigo, burlada por los trajes de casadas¹⁵⁶. Créeme, gánate a la plebe; entre ellos no te olvides del portero ni del que yace a las puertas de su dormitorio. No te ordeno que des ricos presentes a tu dueña: que sean pequeñeces, pero elige astutamente algo adecuado. Cuando el campo dé abundantes frutos, cuando las ramas se venzan por el peso, que un siervo le lleve en un canastillo los rústicos dones: podrás decirle que proceden de tu finca cercana a la ciudad, aunque los hayas comprado en la Vía Sacra¹⁵⁷; que le envíe uvas o las castañas tan apetecidas por Amarilis (aunque ya no le gustan)¹⁵⁸; incluso enviándole un tordo o una guirnalda de flores demostrarás que te acuerdas de tu dueña. Con tales obsequios se compra indignamente la herencia de un viejo sin prole: ¡ay, mueran quienes ofrecen dádivas con criminal intención!

¿Para qué te voy a aconsejar que también le envíes tiernos versos? ¡Ay de mí! La poesía no goza de mucho prestigio. Se alaban los poemas, pero lo que se busca son los regalos magníficos. Mientras sea rico, hasta un bárbaro agrada. Sin duda estamos ahora en la Edad de Oro: los grandes honores se alcanzan con oro¹⁵⁹, con oro se consigue el amor. Aunque vengas tú mismo en persona, Homero, acompañado de las musas, si nada traes, irás a la calle, Homero¹⁶⁰. Hay, no obstante, mujeres cultas —aunque muy escasas— y otras que no son cultas pero quieren serlo; elogia a ambas en tus versos, y comoquiera que los versos sean, al leerlos, dales relieve con el dulce recitado. De esta forma, para unas u otras, el poema que les has dedicado en la vigilia de una noche tendrá quizá el mismo valor que un pequeño regalo.

Y aquello que pensabas realizar por ti mismo y creas útil, logra que sea tu amiga siempre quien te pida que lo hagas. Si

has prometido la libertad a alguno de tus siervos, haz que él te la pida por mediación de tu dueña. Si perdonas a un siervo el castigo o las crueles cadenas, que ella te deba a ti lo que estabas resuelto a hacer. Sea tuya la utilidad y dale el honor a tu amiga: nada pierdes, y ella que haga el papel de ser la que manda.

Pero si tienes verdadero empeño en conservar a tu amada, haz que crea que estás hechizado por su hermosura. Si lleva un manto de Tiro¹⁶¹, alaba los mantos de Tiro. Si es tela de Cos¹⁶², opina que las telas de Cos le sientan muy bien. Que va adornada con oro, sea ella para ti más preciosa que el oro. Que se pone paño recio, aprueba el paño que se ha puesto; que se presenta con una túnica ligera, exclama: «¡Enciendes fuego!», pero con tímida voz ruégale que se proteja del frío. Si el peinado es con raya, alaba la raya. Si se riza el pelo al calor, te gustará el cabello rizado. Admira sus brazos cuando baile y su voz cuando cante, y ten palabras de queja porque haya terminado. Podrás venerar incluso vuestras uniones amorosas, lo que le complace y el oculto goce de la noche que ella siente, y aunque sea más fiera que la espantosa Medusa¹⁶³, se convertirá en dulce y tierna para su amante. Tan sólo procura que en tus palabras no muestres que estás fingiendo y con el semblante no contradigas lo que has dicho: el arte sirve si está oculto; una vez descubierto llena de rubor y destruye para siempre, con razón, la confianza.

A menudo en otoño, cuando el año se muestra más hermoso y la uva enrojece llena del purpúreo vino, cuando ya nos encoge el frío, ya nos sofoca el calor, la debilidad se apodera de los cuerpos por el clima incierto. ¡Ojalá ella rebose de salud!, mas si cae enferma en el lecho y siente la maligna influencia del tiempo, entonces has de mostrar tu amor y devoción por tu amada; siembra entonces lo que más tarde segarás con tu hoz en abundancia. No te enoje el fastidio de la enfermedad y que tus manos hagan lo que ella misma consienta. Que te vea llorar; no muestres asco en recibir sus besos y que beba tus lágrimas con sus labios reseca. Haz

muchos votos por su salud, pero todos en voz alta, y cuantas veces te apetezca, ten sueños de feliz augurio para contárselos a ella. Y que venga una vieja a purificar el lecho y el dormitorio, llevando en sus temblorosas manos el azufre y los huevos. En todo esto habrá huellas de tus gratos desvelos; por ese camino muchos llegaron a figurar en el testamento. Sin embargo, no se hagan odiosos a la enferma tus servicios: guarda la justa medida en tu solícito celo. No le impidas que coma ni le lleves una copa con una poción amarga: que se la prepare tu rival.

Mas no te sirvas del mismo viento que hincha tus velas a la salida del puerto, cuando navegues en alta mar. El amor nuevo vacila, pero gana fuerza con el uso, y si lo nutres bien, con el tiempo se hará firme: ese toro al que temes solías acariciarlo cuando era un ternero; el árbol bajo el que te recuestas fue una vara; el río nace pequeño, pero dilata el caudal en su curso y por donde pasa recibe multitud de corrientes. Haz que se acostumbre a ti: nada puede más que la costumbre; con tal de conseguirla no rehúyas tedio alguno. Que siempre te vea, que siempre te preste oídos, que la noche y el día le muestren tu rostro. Cuando estés más seguro de que pueda echarse de menos, cuando llegue a preocuparla que te ausentes, dale un descanso: un campo en barbecho devuelve con creces los frutos y una tierra árida absorbe con avidez las aguas del cielo. Mientras estuvo presente, Demofonte abrasó moderadamente a Filis¹⁶⁴, y así que él se hizo a la vela, ardió ella con más violencia. El ingenioso Ulises atormentaba a Penélope con su ausencia, y tu Filácida estaba también lejos, Laodamía¹⁶⁵. Pero la ausencia segura es la breve; con el tiempo se debilita la preocupación, se desvanece el amor ausente y entra otro nuevo: mientras Menelao estaba ausente, Helena, para no dormir sola, fue acogida en el cálido regazo de su huésped¹⁶⁶ por la noche. ¿Por qué hiciste esa estupidez, Menelao? ¡Tú partías solo, y quedaban bajo el mismo techo tu huésped y tu esposa! Loco de ti, confías las tímidas palomas al gavián; confías el redil lleno al lobo de los montes. Ninguna culpa

tiene Helena, ninguna falta comete ese adúltero: él hace lo que tú, lo que otro cualquiera haría. Tú fuerzas al adulterio brindándole el sitio y la ocasión. ¿Qué hizo la mujer sino aprovechar tu decisión? ¿Qué iba a hacer?, su marido no está, a su lado tiene un huésped nada rústico y teme dormir sola en el lecho vacío. Que el Atrida¹⁶⁷ piense lo que quiera, yo absuelvo a Helena de delito; aprovechó la oportunidad que le dio su generoso marido.

Mas ni el rojizo jabalí es tan feroz en medio de su ira cuando hace rodar a los perros rabiosos con sus colmillos fulminantes, ni la leona cuando ofrece las ubres a sus cachorros lactantes, ni la pequeña víbora herida por un pie distraído, como la mujer que sorprende a una rival en el lecho de su compañero: se inflama y en su rostro lleva la prueba de su pensamiento; se lanza en busca de hierro y fuego y, depuesto el decoro, se deja llevar como golpeada por los cuernos del dios de Aonia¹⁶⁸. La bárbara del Fasis vengó en sus hijos el delito de su marido¹⁶⁹ y los derechos conyugales violados. Otra madre cruel es esa golondrina que ves: mira, lleva su pecho señalado con sangre¹⁷⁰. Esto es lo que deshace los amores bien avenidos, los amores firmes; los hombres cautos deben temer estos delitos. Pero mi censura no pretende condenarte a una sola mujer, ¡librenme los dioses!, eso apenas puede aguantarlo una casada. Divertíos, pero ocúltase la culpa con discreción. No hay que vanagloriarse de la propia falta. No des un regalo que la otra pueda reconocer, ni tengas horas fijas para tus escarceos. Y para que una mujer no te sorprenda en algún escondite que le sea conocido, no debes citar a todas en el mismo lugar. Y cada vez que le escribas, inspecciona tú mismo antes las tablillas enteras: muchas leen más de lo que se les ha puesto. Venus, cuando es herida, prepara con justicia las armas y devuelve el dardo, y hace que tú mismo te quejes de lo que ella se quejaba hace un instante. Mientras el Atrida¹⁷¹ vivió contento con una sola mujer, ella se mantuvo casta; por culpa de su marido se corrompió. Había oído que Crises, aun con el ramo de laurel en la mano y en la frente las cintas

sagradas, no logró rescatar a su hija¹⁷². Había oído hablar, muchacha de Lirneso, de tu sufrimiento al ser raptada y de que la guerra se prolongaba a causa de demoras vergonzosas¹⁷³. Esto lo había oído, pero con sus propios ojos vio a la hija de Príamo: el vencedor era vergonzosamente cautivo de su cautiva¹⁷⁴. Por eso la hija de Tindáreo acogió en su pecho y su tálamo al hijo de Tiestes¹⁷⁵ y vengó con el crimen el delito del esposo.

Si a pesar de ocultar bien tus actos, se llegaran a descubrir algunos, tú, aunque se descubran, niégalos rotundamente a pesar de todo. No te muestres entonces ni más sumiso ni más amable de lo que acostumbras: esas son claras señales de un sentimiento de culpa. Pero no escatimes en mover tus riñones: toda la paz consiste en eso solo; acostándote con ella desmentirás haber gozado ya de Venus. Hay mujeres que aconsejan tomar hierbas nocivas, como la ajedrea; pero, a mi juicio, eso es veneno; o bien mezclan pimienta con semilla de la picante ortiga y amarillo pelitre¹⁷⁶ triturado en vino añejo. Mas la diosa que alberga el alto Érix¹⁷⁷ al pie de una umbrosa colina no consiente que se alcancen sus placeres así obligado. Tómese el blanco bulbo que nos envían de la ciudad pelasga de Alcátoo¹⁷⁸ y el jaramago que viene del huerto, y huevos; tómese la miel del Himeto y los frutos que produce el pino de afilada hoja.

Docta Erato¹⁷⁹, ¿por qué te desvías a las artes mágicas? Mi carro debe rozar el borde interior¹⁸⁰. Tú que hace poco ocultabas tus delitos por consejo nuestro, gira en tu camino y por consejo mío descubre tus actos furtivos. Y no debes culparme de ligereza: no siempre con el mismo viento lleva la curvada nave a los pasajeros; pues a veces se impulsa con el Bóreas de Tracia, a veces con el Euro, a menudo se hinchan las velas con el Céfiro y a menudo con el Noto¹⁸¹. Mira cómo en el carro el conductor ora afloja las riendas, ora reprime con pericia la fogosidad de los caballos. Existen mujeres a las que les disgusta una tímida indulgencia y, si no hay ninguna rival,

su amor languidece. Generalmente, los ánimos se embriagan demasiado con los prósperos sucesos y no es fácil sobrellevar la dicha con espíritu sereno. Como el fuego ligero, al consumirse sus fuerzas poco a poco, se oculta a sí mismo, envuelto por la blanca ceniza, mas recobra a pesar de ello las llamas extinguidas si se echa azufre y vuelve la luz que antes hubo, así también, cuando los corazones se embotan perezosos y seguros, hay que avivar el amor con agudos agujones. Haz que tema por ti y vuelve a calentar su corazón tibio; que palidezca con los indicios de tu delito. ¡Oh, cien y mil veces feliz aquel de quien se lamenta su amada ofendida! Apenas llega el delito a sus oídos, que no querrían oírlo, cae desmayada y pierde la desdichada el color y la voz. ¡Ojalá fuese yo aquel cuyos cabellos arranca furiosa! ¡Ojalá fuese yo aquel cuyas tiernas mejillas araña con sus uñas! ¡Aquel a quien contempla llorosa, aquel a quien mira con torvos ojillos, aquel sin el cual no podría vivir, y quisiera poder!

Si me preguntas cuánto tiempo ha de quejarse ella de la ofensa, que sea poco, para que su ira no coja fuerzas por la larga demora. Rodea enseguida con tus brazos su blanco cuello y acógela en tu seno mientras llora; dale besos mientras llora, dale mientras llora los deleites de Venus: habrá paz; éste es el único modo de desarmar su cólera. Cuando esté bien enojada, cuando te parezca claramente enemiga, entonces pídele el pacto de la unión amorosa: se ablandará. Allí, una vez depuestas las armas, habita la concordia; en ese lugar, créeme, nació el perdón. Las palomas que hace un momento peleaban juntan sus picos, y sus arrullos contienen palabras de ternura.

Al principio hubo una masa confusa y desordenada de las cosas, y un solo aspecto mostraban los astros, la tierra y el mar; después el cielo se elevó sobre la tierra, ésta quedó ceñida por las aguas y el informe caos se dividió en distintas partes: el bosque recibió por habitantes a las fieras, el aire a las aves y vosotros, los peces, os escondisteis en las líquidas aguas. Entonces el género humano vagaba por los campos solitarios y era mera fuerza y cuerpo rudo; el bosque era su

casa, la hierba su comida, el follaje su lecho, y por largo tiempo ninguno conoció a otro. Dicen que la dulce voluptuosidad ablandó sus feroces sentimientos: un hombre y una mujer se colocaron en un mismo lugar, aprendieron lo que debían hacer sin ningún maestro, y Venus llevó a cabo su dulce obra sin ningún arte o método. El ave tiene a quien amar, la hembra del pez encuentra en medio del agua con quien compartir sus placeres, la cierva sigue a su pareja, la serpiente posee a la serpiente, la perra se queda unida al perro en la cópula, la oveja se regocija al ser cubierta, la ternera también se regocija con el toro, la cabrilla sostiene al inmundo macho, las yeguas se agitan furiosas y van por lugares lejanos tras los caballos que están separados de ellas por un río. Así que, venga, aplica tan eficaces remedios a la ira de tu amada: sólo ellos dan sosiego a su fiero dolor. Estos remedios superan a las pociones de Macaón¹⁸²; con ellos volverás a ganarla cuando hayas cometido alguna falta.

Así cantaba yo cuando, de repente, se me apareció Apolo y pulsó con el pulgar las cuerdas de su lira de oro. En sus manos llevaba laurel y ceñida de laurel iba su divina cabellera: se presentó con el aspecto de vate¹⁸³. Y me dijo: «Maestro del lascivo amor, venga, conduce a tus discípulos a mis templos, donde se lee la célebre inscripción famosa en todo el mundo que ordena a cada uno conocerse a sí mismo. Sólo aquel que se conozca a sí mismo amará con sabiduría y adecuará cada empresa a sus fuerzas. Al que la naturaleza dotó de hermosa cara, que la deje contemplar; el que tiene buen color de piel, que duerma a menudo con el hombro descubierto; quien agrada por su conversación, que evite los silencios taciturnos; quien canta con arte, que cante; quien bebe con arte, que beba. ¡Pero que los elocuentes no declamen en medio de una conversación, ni el poeta loco se ponga a recitar sus escritos!». Así me aconsejó Febo: ¡obedeced sus consejos! Auténtica confianza merecen las palabras sagradas de este dios. Pero me reclaman para asuntos más cercanos; el que ame con sabiduría,

saldrá victorioso y alcanzará cuanto se proponga gracias a nuestras artes.

No siempre los surcos devuelven con intereses lo que se les da, ni el viento favorece siempre a las naves vacilantes. El placer de los amantes es escaso, mayor es su sufrimiento: ¡que preparen su ánimo para soportar muchas cosas! Cuantas liebres se alimentan en el monte Atos¹⁸⁴, cuantas abejas liban en el Hibla¹⁸⁵, cuantos frutos tiene el cerúleo árbol de Palas¹⁸⁶, cuantas conchas hay en la playa, tantas son las penas en el amor. Los dardos que nos hieren están bañados en abundante hiel. Te dirán que ella ha salido fuera, cuando tú casualmente la estás viendo: piensa que ha salido fuera y que tu vista te engaña. Hallarás la puerta cerrada¹⁸⁷ cuando ella te había prometido la noche: aguanta y reclina tu cuerpo en el sucio suelo. Tal vez alguna criada embustera diga con semblante altanero: «¿Por qué asedia éste nuestras puertas?». Intenta ablandar con tus súplicas las puertas y a la dura muchacha, y deposita en el umbral las rosas que te quitaste de la cabeza. Cuando ella quiera, te acercarás; cuando te evite, te alejarás: es indecoroso que un hombre bien nacido cause hastío. ¿Por qué dar ocasión a que tu amiga pueda decir: «No hay manera de esquivarlo»? No siempre sus sentimientos serán contrarios. No consideres vergonzoso aguantar las injurias y golpes de tu amada, ni besar sus tiernos pies.

¿Por qué me detengo en nimiedades? Mi ánimo me impulsa a cosas mayores. Cantaré grandes cosas: ¡acude, público, y presta toda tu atención! Me propongo algo difícil, pero no hay mérito si no hay dificultades, y el arte que enseñamos requiere un trabajo arduo. Soporta con paciencia a tu rival: la victoria estará de tu lado, serás vencedor en el arte del gran Júpiter. No creas que esto te lo dice un hombre, sino las encinas pelasgas¹⁸⁸. Mi arte no contiene nada superior a éstas. Que ella hace señas: aguanta; que escribe: no toques sus tablillas; deja que venga de donde quiera y vaya donde le plazca. Eso le conceden los maridos a su legítima esposa, cuando tú, dulce sueño, vienes también a desempeñar tu papel. En este arte, lo

confieso, yo no he llegado a la perfección. ¿Qué hacer? Yo mismo no estoy a la altura de mis preceptos. ¿En mi presencia va a hacer alguien señales a mi amada y yo lo voy a tolerar sin que la ira me saque de mis casillas? Recuerdo que en una ocasión su amante le había dado besos y me quejé de los besos dados; nuestro amor está lleno de esas barbaridades. Este defecto me ha perjudicado más de una vez: más sabio es aquel con cuyo consentimiento acuden otros. Pero lo mejor ha sido siempre ignorar: deja que queden ocultas sus infidelidades, no sea que la confesión haga huir el pudor de su fingido rostro. Razón de más, oh, jóvenes, para que no queráis sorprender a vuestras amigas: que os sean infieles y siéndolo crean que os engañan con sus palabras. El amor de los amantes sorprendidos crece: desde que su suerte es pareja, el uno y el otro persisten en la causa de su desgracia.

Se cuenta una leyenda conocidísima en todo el Olimpo: la de Venus y Marte sorprendidos por la astucia de Múlciber¹⁸⁹. El padre Marte, enfermo de un loco amor a Venus, de guerrero terrible se había convertido en enamorado, y Venus (pues no hay diosa más tierna) no se mostró áspera ni esquivaba a los ruegos del Gradivo¹⁹⁰. ¡Ay, cuántas veces se burló juguetona, según dicen, de los pies de su marido y de las manos endurecidas por el fuego y el oficio¹⁹¹! Delante de Marte imitaba a Vulcano, y le quedaba bien, pues añadía a su hermosura mucha gracia y donaire. Al principio solían ocultar bien sus encuentros amorosos: su culpa aparecía llena de vergonzoso pudor. Por una denuncia del Sol¹⁹² (¿quién puede esconderse del Sol?), se enteró Vulcano de las andanzas de su esposa. ¡Oh, Sol, qué mal ejemplo das! Pídele algún regalo a ella y, si te callas, algo tiene que pueda darte. Múlciber dispone unas redes ocultas alrededor y encima del lecho: la obra engaña a la vista. Finge un viaje a Lemnos¹⁹³. Los amantes llegan a la cita; envueltos en las redes yacen ambos desnudos. Convoca aquél a los dioses; los prisioneros dan un verdadero espectáculo. Dicen que Venus apenas contenía las lágrimas; no pueden taparse la cara ni colocar siquiera las

manos sobre las partes pudendas. Alguien dice entonces riéndose: «¡Pásame a mí las cadenas, fortísimo Marte, si a ti te pesan!». A duras penas por tus ruegos, Neptuno, accedió Vulcano a desatar los cuerpos apresados. Marte se marcha a Tracia y ella a Pafos¹⁹⁴. Después de esta acción tuya, Vulcano, lo que antes ocultaban, ahora lo hacen más libremente y ha desaparecido todo pudor. Muchas veces, sin embargo, confiesas que en tu locura obraste neciamente y dicen que te arrepientes de tu estratagema. ¡Vosotros tened esto prohibido! Dione¹⁹⁵, que fue sorprendida, prohíbe tender esas emboscadas que ella misma sufrió. No pongáis vosotros redes a vuestro rival, ni interceptéis las palabras secretas escritas por su mano; que traten de pillarlas (si creen que deben hacerlo) aquellos a quienes el fuego y el agua convierte en legítimos maridos¹⁹⁶. De nuevo lo declaro: aquí no jugamos a nada que no esté consentido por la ley, y en nuestros juegos no hay ninguna matrona¹⁹⁷.

¿Quién se atrevió a divulgar a los profanos los ritos de Ceres y los grandes misterios instituidos en Samotracia¹⁹⁸? Poco mérito tiene guardar algo en silencio, y al contrario, es grave falta decir lo que debe callarse. ¡Bien empleado le está a Tántalo, por charlatán, que sin poder coger los frutos del árbol se muera de sed en medio del agua¹⁹⁹! Citerea²⁰⁰, sobre todo, ordena que sus ritos se mantengan en silencio; lo advierto: que no venga a ellos ninguno que hable de más. Si bien los misterios de Venus no están escondidos en cestas, ni resuenan los cóncavos címbalos con furiosos golpes, sí que se practican a menudo, sin embargo, entre nosotros, pero a condición de mantenerlos ocultos. La misma Venus, cuantas veces se despoja del vestido, se cubre el pubis con la mano izquierda y encogiéndose un poco²⁰¹. El ganado copula a la vista de todos y en cualquier lugar; la muchacha, aunque ya lo haya visto, con frecuencia aparta la mirada. A nuestras citas les convienen las alcobas y una puerta, y nuestras partes pudendas se ocultan bajo el vestido que las cubre, y si no las tinieblas, sí buscamos una cierta oscuridad y algo menos que la luz radiante. También

en aquellos tiempos en que la teja no resguardaba del sol y de la lluvia, sino que era la encina la que proporcionaba techo y alimento, no bajo el cielo, sino en los bosques y cuevas, se celebraban las uniones de placer: ¡tanta preocupación por el pudor tenía aquella gente ruda! Ahora, en cambio, ponemos letreros a nuestras hazañas nocturnas²⁰² y nada se paga a mejor precio que el poder hablar de ellas. Naturalmente, harás caer en cualquier sitio a todas las muchachas, para decir a quien te plazca: «Ésa también fue mía», y para que no te falte una a quien señalar con el dedo, será objeto de infame comidilla toda aquella a la que hayas tocado. Me quejo por poca cosa: hay algunos que inventan lo que, si fuese cierto, negarían, y afirman que no hay ninguna con quien no se hayan acostado. Si no pueden tocar los cuerpos, tocan lo que sí pueden, los nombres y, estando su cuerpo intacto, su reputación carga con el delito. Anda, pues, odioso guardián de la muchacha, cierra las puertas y pon cien cerrojos a las sólidas jambas. ¿Qué seguridad queda cuando hay adúlteros que sólo lo son de nombre y desean hacer creer lo que nunca ha sucedido? Nosotros incluso declaramos nuestros amores verdaderos con reserva, y nuestros misterios clandestinos quedan cubiertos por una sólida lealtad.

Sobre todo, absteneos de reprochar a las mujeres sus defectos; ¡cuán útil les fue a muchos disimularlos! No reprobó el color de piel de Andrómeda aquel que llevaba móviles alas en ambos pies²⁰³. A todos les parecía Andrómaca de talla desmesurada: sólo Héctor²⁰⁴ decía que era proporcionada. Acostúmbrate a lo que llevas mal y lo llevarás bien: el paso del tiempo suaviza muchas cosas; en cambio, el amor incipiente acusa todo. Cuando la rama nueva está arraigando en la verde corteza, caerá aún tierna con cualquier brisa; mas luego, endurecida con el tiempo, resistirá incluso al viento y ya árbol firme dará los frutos del injerto. El propio paso del tiempo borra todas las imperfecciones del cuerpo y lo que fue defecto llega por fin a no serlo. Los hocicos jóvenes rechazan las correas de piel de toro; pero, una vez domados por la

costumbre y el tiempo, dejan de notar el olor. Se pueden atenuar los defectos con los nombres: llamarás morena a la que tenga el cutis más negro que la pez de Iliria²⁰⁵; si bizquea, parecida a Venus²⁰⁶; si de ojos grisáceos, parecida a Minerva; sea esbelta la que por su flacura más parece muerta que viva; di que es ligera a la menuda y llenita a la gorda, y que se oculte el defecto en la cualidad más aproximada.

No le preguntes los años ni quién era cónsul cuando nació (funciones éstas del severo censor), máxime si ya no está en la flor de su juventud, si su mejor tiempo ha pasado y se arranca ya las canas. ¡Oh, jóvenes, esta edad u otra más avanzada se puede aprovechar!: este campo dará cosecha y es un campo que hay que sembrar. Mientras los años y las fuerzas os lo permitan, soportad los trabajos; ya vendrá con silencioso paso la encorvada vejez²⁰⁷. Hended el mar con los remos, o la tierra con el arado, o tomad las armas de hierro en vuestras belicosas manos, o dedicad a las mujeres vuestros costados, vuestras fuerzas y vuestros servicios: también eso es milicia²⁰⁸, también eso proporciona riquezas. Añade que las mujeres de esa edad tienen más conocimiento práctico del oficio y poseen experiencia, lo único que hace a uno maestro de este arte. Ellas compensan con su elegancia los estragos del tiempo y procuran con esmero no parecer viejas. A tu gusto, te brindarán las delicias de Venus con mil posturas: en ninguna pintura hallarás más variedad. En ellas surge el deseo sin que nadie lo provoque; para que sea placentero, la mujer y el hombre han de sentir por igual. Odio las uniones que no satisfacen a ambos: por eso me atrae menos el amor de una adolescente; odio a la que se entrega porque es necesario entregarse y, seca, piensa para sí en su labor de lana. El placer que se da por obligación no me gusta: ¡que ninguna mujer lo haga obligada conmigo! Me complace oír los gritos que delatan sus intensos goces y que me ruegue que vaya más despacio y que me detenga, y ver los ojos vencidos de mi amada fuera de sí y que desfallezca y no deje que la siga tocando más tiempo. Estas dichas no las otorga la naturaleza a

la primera juventud, sino que suelen llegar justo después de los siete lustros. Quienes tengan prisa beban mostos nuevos; a mí, que un ánfora preparada en tiempos de antiguos cónsules me escancie un vino añejo. No puede el plátano, si no está crecido, oponerse a Febo²⁰⁹, y los prados recién segados hieren los pies desnudos. ¿Acaso antepondrías Hermíone²¹⁰ a Helena? ¿Y era Gorge mejor que su madre²¹¹? Si quieres alcanzar una Venus ya madura, con sólo perseverar te llevarás merecidos premios.

He aquí que un lecho cómplice recibe a los dos amantes. Musa, quédate ante las puertas cerradas del dormitorio. Sin tu ayuda, brotarán espontáneas miles de palabras consabidas y la mano izquierda no permanecerá quieta en el lecho; los dedos encontrarán ocupación en esas partes donde Amor impregna ocultamente sus flechas. Así lo hizo antiguamente con Andrómaca el valeroso Héctor, que no sólo en los combates mostraba habilidad, y así el gran Aquiles con su cautiva de Lirneso²¹², cuando cansado de combatir se hundía en el mullido lecho. Tú, Briseida, permitías que te tocasen aquellas manos que siempre estaban empapadas en sangre de los frigios²¹³. ¿O acaso era eso mismo lo que te gustaba, lasciva, que vinieran a acariciar tus miembros sus manos vencedoras?

Créeme, no hay que apresurar el placer de Venus, sino atraerlo poco a poco con morosa lentitud. Cuando encuentres los puntos en los que la mujer goza si los tocas, no te impida el pudor seguir tocándoselos. Verás sus ojos brillar con un fulgor tembloroso, como a menudo el sol reverbera en las cristalinas aguas. Vendrán luego los quejidos, vendrá el amoroso murmullo y los dulces gemidos, y las palabras propias del juego. Pero no dejes atrás a tu dueña desplegando mayores velas, ni que ella te adelante en la carrera. ¡Corred a la meta al mismo tiempo! Entonces el placer es pleno, cuando la mujer y el hombre yacen vencidos a la par. Ésta es la norma que debe guiarte cuando dispongas de tiempo libre y el temor no apresure tu furtiva ocupación. Cuando no sea seguro

demorarse, conviene bogar a todo remo e hincar la espuela en tu caballo al galope.

Se acerca el fin de la obra: concededme la palma, juventud agradecida, y ceñid mis cabellos perfumados con una guirnalda de mirto²¹⁴. Tan grande como fue entre los dánaos Podalirio²¹⁵ por su arte en curar, el Eácida²¹⁶ por su diestra, Néstor²¹⁷ por su cordura; tan grande como fue Calcante²¹⁸ por sus vaticinios, el Telamonio²¹⁹ por su destreza en las armas y Automedonte²²⁰ por su habilidad en el carro, así de grande soy yo en el arte de amar²²¹. Varones, celebradme como poeta, decidme alabanzas, que mi nombre sea cantado en todo el mundo. Os he dado armas, Vulcano se las dio a Aquiles²²²; venced, como él venció, con estos regalos dados. Pero todo aquel que con mi acero triunfe sobre una Amazona²²³, inscriba sobre su trofeo: «Nasón²²⁴ fue mi maestro».

He aquí que las tiernas muchachas me ruegan que les dé consejos. Vosotras seréis el próximo tema de mi libro.

¹¹⁸ Sobrenombre de Apolo y canto coral en su honor.

¹¹⁹ Se refiere a los griegos Hesiodo, natural de Ascra, y Homero, procedente de Meonia, que constituían los principales modelos de poesía, en los géneros didáctico y épico respectivamente.

¹²⁰ Alude a Paris cuando raptó a Helena llevándosela de Amiclas, ciudad del sur de Lacedemonia.

¹²¹ Se refiere a Pélope, un extranjero que consiguió casarse con Hipodamía, hija del rey de Pisa, al vencer en la carrera de carros.

¹²² Cupido y Venus, quien tenía un templo en la isla griega de Citera.

¹²³ Una de las nueve musas. Ovidio la invoca por el parecido de su nombre con Eros, el dios griego del amor.

¹²⁴ Se refiere a Dédalo, que fue encarcelado con su hijo Ícaro por el rey Minos en el laberinto donde encerró al Minotauro nacido de su esposa Pasífae y un toro. Ovidio incluye ahora la historia de Dédalo, que no es amorosa, por poseer éste alas al igual que Cupido.

¹²⁵ Metáfora empleada por Ovidio para referirse a este nuevo aparato de navegación aérea; un poco más adelante, llamará también «naves» a las alas.

¹²⁶ Calisto, hija del rey de Tegea, fue amada por Júpiter y tuvo un hijo. Ambos fueron convertidos en constelaciones: ella en la Osa Mayor y él en el Boyero.

127 El gigante Orión quiso violar a Ártemis y ésta hizo salir un escorpión, que le picó y mató, siendo convertido en constelación al igual que el escorpión.

128 Se refiere a Apolo, que tenía un templo en la ciudad jónica de Claros.

129 Isla griega del Dodecaneso, al este en el mar Egeo. Dado que ésta les quedaba a la derecha, mientras que las islas de las Cícladas citadas antes (Naxos, Paros y Delos) están al norte de Creta, es evidente que llevaban dirección nordeste, justo el camino entre las Osas y la constelación de Orión.

130 Se cuenta que Hércules enterró a Ícaro en la isla egea de Dólíque, que pasó a llamarse Icaria.

131 Quiere decir artes brujeriles, pues la región de Hemonia o Tesalia tenía fama por sus brujas.

132 Se consideraba un filtro amoroso.

133 Hija del rey de Cólquide y con poderes mágicos. Se enamoró de Jasón y le ayudó con sus artes a conseguir el vellocino de oro.

134 Pueblo que vivía al este de Roma y era célebre por sus hechicerías.

135 Se refiere a Medea, pues el Fasis era el río de la Cólquide, y a Jasón, hijo de Esón, ya que este último se enamoró después de Creúsa.

136 Se refiere al latín y al griego, y las artes liberales eran la gramática, retórica, dialéctica, aritmética, geometría, música y astronomía.

137 A Circe y a Calipso, a quienes encontró Ulises en su travesía por el Mediterráneo durante su regreso a Ítaca tras la guerra de Troya.

138 Alude a Reso, el rey de los tracios, una de cuyas tribus era la de los odrisios (como más adelante es la de los sitonios). Ayudó a los troyanos y fue muerto por Diomedes en su salida nocturna con Ulises, en la cual también le robaron los caballos.

139 Un río de Troya.

140 El hemonio es Aquiles, y Dolón era un espía troyano que deseaba hacerse con sus caballos y fue muerto por Ulises y Diomedes esa noche.

141 Alude a la paloma, que daba oráculos en las encinas cercanas al santuario de Dodona, en Epiro, de donde era el pueblo de los caonios.

142 Antiguo reino bereber del norte de África, que pasó a ser provincia romana. Ocupaba lo que hoy es Argelia y parte de Túnez.

143 Doncella de la ciudad arcadia de Nonacris que se dedicaba a la caza y era famosa por su velocidad en las carreras. Rechazaba a los pretendientes retándoles a una carrera.

144 Hipómenes (o Milanión) consiguió casarse con Atalanta por ser el único que la ganó en la carrera. Se valió de la ayuda de Afrodita (o Venus), quien le dio tres manzanas de oro del jardín de las Hespérides para que las fuera tirando en la carrera y así entretuviera a Atalanta.

145 Se refiere a las redes y trampas para la caza.

146 Centauro que quiso raptar a Atalanta.

147 Se refiere al arco de Cupido.

148 Monte de Arcadia.

149 La jugada de los perros era la peor y consistía en sacar el mismo número en las cuatro tabas o dados.

150 Juego similar a las damas y al ajedrez, que tenía las piezas de vidrio.

151 Se refiere a Hércules (Heracles en griego), hijo ilegítimo de Zeus (Júpiter) y por ello Hera (Juno), que se convertía así en su madrastra, se vengó enviándole monstruos: se trata de los doce trabajos de Hércules. En uno de ellos tuvo que sostener sobre sus hombros el cielo mientras el gigante Atlas iba a buscar las manzanas del jardín de las Hespérides. Al morir Hércules fue convertido en dios y vivió en el cielo.

152 De nuevo el tópico del *servitium amoris*; Hércules fue esclavo de la reina Ónfale y tuvo que hacer labores propias de mujer en su corte.

153 Alude a Apolo, quien nació en el monte Cinto, en la isla de Delos.

154 Leandro atravesaba cada noche a nado el estrecho de Helesponto (el actual Dardanelos) para visitar a su amada.

155 El 24 de junio, que era el aniversario de la consagración del templo de la Fortuna.

156 El 7 de julio, aniversario de la victoria de los romanos sobre los latinos (y no sobre los galos), a los que vencieron gracias a la ayuda prestada por las criadas, que se hicieron pasar por mujeres libres con los trajes de sus señoras cuando los latinos exigieron que les entregaran las mujeres libres. Una vez en sus campamentos, las criadas los emborracharon.

157 Era la calle principal de la Antigua Roma.

158 Amarilis era una pastora de las *Bucólicas* de Virgilio y esos rústicos regalos eran habituales en ese mundo ideal descrito por él, pero que no se avienen con la refinada sociedad urbana de Roma que describe Ovidio.

159 Crítica directa a la corrupción política, pues los cargos públicos eran honoríficos. Se ve la ironía de Ovidio al referirse a la Edad de Oro, no como la época ideal cantada por Virgilio (al servicio de la política de Augusto) donde reinaba la sencillez, austeridad y moralidad, sino como la época de su tiempo, regida por el dinero, el lujo y la diversión.

160 En este pasaje se percibe la crítica amarga de Ovidio del lugar al que ha quedado relegada la poesía, incluso la de los grandes poetas clásicos.

161 Ciudad fenicia famosa por sus tejidos de púrpura.

162 Isla griega célebre por su seda.

163 Una de las tres gorgonas, de aspecto horrible con su cabellera de serpientes, que petrificaba a quien la miraba.

164 Filis, hija del rey de Tracia, amaba a Demofonte, hijo de Teseo, y al verse abandonada por él, se suicidó.

165 El Filácida (nieto de Fílaco) era Protesilao y cuando marchó a la guerra de Troya y murió, Laodamía pidió a los dioses estar con él unas horas, tras lo cual se suicidó para no separarse de él.

166 Se trata de Paris.

167 Menelao, por ser hijo de Atreo.

168 Baco, originario de Aonia o Beocia, a quien se representa a veces con cuernos. Viene a decir que ella se transforma en una Bacante enardecida.

169 La bárbara (por ser cruel y extranjera) del Fasis, que era el río de la Cólquide, es Medea y su marido es Jasón, que comete adulterio enamorándose de Creúsa, y ella se venga matando a los hijos tenidos con Jasón.

170 La golondrina es Procne, que fue convertida en esa ave tras matar a su hijo habido con su esposo Tereo y dárselo de comer a éste, en venganza por su adulterio.

171 Ahora el hijo de Atreo al que alude es Agamenón, que estaba casado con Clitemnestra, la cual le devuelve sus infidelidades uniéndose a Egisto.

172 Se refiere a Criseida, de quien se apoderó Agamenón como parte del botín tras una batalla victoriosa en la guerra de Troya. Su padre era Crises, un sacerdote de Apolo y por eso llevaba el laurel y las cintas.

173 La muchacha de Lirneso es Briseida. Sucedió que cuando la asamblea militar obligó a Agamenón a devolver a Criseida, él exigió a cambio a Briseida, que era el botín dado a Aquiles, por lo que éste se negó a combatir y en esas disputas se retrasó la guerra de Troya.

174 La hija de Príamo es Casandra, a quien recibió Agamenón como esclava tras la conquista de Troya, y se la llevó consigo de vuelta a Micenas. No obstante, Clitemnestra ya era amante de Egisto cuando volvió él.

175 Egisto es hijo de Tiestes y Clitemnestra es hija de Tindáreo.

176 Planta herbácea cuya raíz tiene fuerte sabor salino.

177 En este monte de Sicilia había un templo de Venus.

178 Alcátoo fue rey de Mégara, ciudad de la Antigua Grecia (y por eso «pelasga»), que daba buenas cebollas.

179 Véase nota 123.

180 Retoma la metáfora del auriga para el poeta: su obra o carro debe ceñirse lo más posible al borde de la *spina* que dividía el circo, para no recorrer tanto terreno en la vuelta, es decir, debe ceñirse al tema propuesto.

181 Cita los cuatro vientos principales: el del norte o Bóreas, que viene de Tracia porque estaba al norte de Grecia; el del este o Euro; el del oeste o Céfito, y el del sur o Noto.

182 Médico como su padre Asclepio (Esculapio para los romanos). Curó en la guerra de Troya a varios héroes griegos.

183 Adivino, profeta; de ahí que así se designara también al poeta, por estar infundido por los dioses.

184 Monte de Macedonia.

- [185](#) Monte de Sicilia, y ciudad del mismo nombre, que tiene fama por su miel.
- [186](#) El olivo es el árbol atribuido a la diosa Palas Atenea.
- [187](#) Se trata del tópico literario del *exclusus amator*: amante rechazado.
- [188](#) Los pelasgos eran ancestros de los griegos, y las encinas poblaban el bosque sagrado de Dodona, famoso por los oráculos de Zeus (Júpiter).
- [189](#) Apelativo de Vulcano, esposo de Venus.
- [190](#) Apelativo de Marte.
- [191](#) De los pies, por ser cojo, y de las manos, por trabajar en la fragua.
- [192](#) El Sol es el dios Apolo.
- [193](#) Isla griega del mar Egeo.
- [194](#) Ares, el dios griego al que corresponde Marte, fue una divinidad importada de Tracia. Afrodita (la Venus romana) tenía un templo famoso en Pafos, ciudad de Chipre.
- [195](#) Apelativo de Venus.
- [196](#) El recién casado ofrecía a su esposa fuego y agua como símbolo de la nueva vida juntos.
- [197](#) Esposa y madre de familia romana noble. Ovidio ya había expuesto esto al principio de su obra: véase nota 10.
- [198](#) Los misterios eran un conjunto de ritos mágico-sagrados y doctrinas reservados a los iniciados y estaba prohibido desvelar su contenido a los profanos o no iniciados. Los ritos de la diosa Deméter (Ceres en la mitología romana) eran los misterios más famosos de Grecia: los misterios de Eleusis, población cercana a Atenas. En Samotracia tenía su centro el culto misterioso de los dioses Cabiros.
- [199](#) Tántalo fue condenado al infierno por desvelar a los hombres algunos misterios de los dioses, y su castigo era el eterno suplicio de desear algo que nunca podía satisfacer: comer y beber.
- [200](#) Apelativo de Venus, por tener un templo en la isla griega de Citera.
- [201](#) Así es el gesto de Venus en la famosa escultura de la *Venus de Cnido*.
- [202](#) Los letreros eran típicos de la milicia para dar a conocer los triunfos guerreros. Ovidio se refiere así al triunfo en la *militia amoris*.
- [203](#) Se refiere a Perseo. Véase nota 13.
- [204](#) Era el marido de Andrómaca y uno de los héroes troyanos; representaba el modelo de amor conyugal, paternal y filial.
- [205](#) Ciudad-estado griega cercana a Macedonia.
- [206](#) Alude a los guiños coquetos de la diosa del amor.
- [207](#) Ovidio recrea el tópico horaciano del *carpe diem*.
- [208](#) El poeta recurre de nuevo al tópico de la *militia amoris*.

209 Aquí Febo representa el Sol y significa que sólo cuando el plátano es un árbol crecido puede dar sombra.

210 Hija de Helena, la mujer más bella raptada por Paris.

211 Gorge era hija de Altea, mujer amada por dos dioses: Ares (Marte) y Dioniso (Baco).

212 Briseida. Véase nota 173.

213 Alude a los troyanos.

214 El mirto estaba consagrado a Venus, y que le pongan la guirnalda en la cabeza indica su triunfo como poeta del amor.

215 Médico como su padre Asclepio (el Esculapio romano) y su hermano Macaón. Curó en la guerra de Troya. Los dánaos eran los griegos.

216 Aquiles, nieto de Éaco. Fue el gran héroe guerrero en Troya.

217 Caudillo anciano que mantuvo la concordia entre los jefes griegos durante la guerra de Troya.

218 Adivino cuyos vaticinios fueron cruciales en la guerra de Troya.

219 Áyax, hijo de Telamón. Fue el guerrero más valeroso y fuerte, después de su primo Aquiles, en la guerra de Troya.

220 Auriga del carro de Aquiles, que ya mencionó Ovidio al comienzo de su libro primero (véase nota 1), con lo cual cierra en círculo su tratado amoroso dirigido a los hombres.

221 Al compararse con héroes de la poesía épica del insigne Homero, Ovidio reclama los mismos honores para su poesía amorosa.

222 El dios Vulcano fabricó en su fragua el escudo y las armas de Aquiles a petición de la madre de éste, la diosa Tetis.

223 Mítico pueblo de mujeres guerreras. Se equipara así a los héroes guerreros citados anteriormente con el amante que ha de luchar con la fémina guerrera en el campo de batalla del amor.

224 Ovidio se llamaba Publio Ovidio Nasón.

Libro Tercero

Armas he dado a los dánaos contra las Amazonas; armas me quedan aún para darte, Pentesilea²²⁵, a ti y a tus huestes. Id al combate en iguales condiciones y venzan aquellos a quienes favorezca la nutricia Dione y el niño²²⁶ que vuela por todo el mundo. No sería justo que las mujeres peleasen desnudas contra hombres armados; además así sería vergonzoso para vosotros, los hombres, vencer.

Tal vez uno de tantos me diga: «¿Por qué añades veneno a las serpientes y entregas el rebaño a la loba furiosa?». Absteneos de hacer extensivo a todas el delito de unas pocas; que cada mujer sea considerada según sus méritos. Si el menor de los Atridas²²⁷ tiene un delito que reprochar a Helena, y el Atrida mayor²²⁸, a la hermana de Helena; si por la maldad de Erifila, la hija de Tálao, el Eclida²²⁹ descendió vivo y montado en caballos vivos a la Estige, tenemos a Penélope fiel a su marido mientras anduvo errante durante dos lustros y mientras hizo la guerra otros dos lustros. Fíjate en el Filácida²³⁰ y en la que, según cuentan, acompañó a su esposo y murió antes de tiempo. La nacida en Págasa libró de los hados al Feretíada y la esposa fue llevada al funeral de su marido en lugar del esposo²³¹. «Recíbeme, Capaneo, mezclaremos nuestras cenizas», dijo la hija de Ifis²³² y se lanzó en medio de la pira. Incluso la misma Virtud es mujer

por el traje y el nombre: no es de admirar que ella agrade a las de su sexo.

Sin embargo, no son estos espíritus los invocados por mi arte; convienen a mi barca velas menores. A través de mí no se aprende sino amores licenciosos: aconsejaré el modo en que debe hacerse amar una mujer.

La mujer no esquiva las llamas ni el arco cruel; estas flechas, a mi juicio, hieren menos a los hombres. Engañan muchas veces los hombres; no tantas las tiernas muchachas y, si lo miras bien, pocas son culpables de engaño. El falso Jasón abandonó a la del río Fasis, ya hecha madre, y otra esposa vino a los brazos del Esónida²³³. ¡Cuánto temió Ariadna a las aves marinas por tu causa, Teseo, cuando fue abandonada sola en un lugar desconocido! Pregunta por qué se llama «nueve caminos» al que es uno y escucha cómo los bosques, despojados de su cabellera, lloraron por Filis²³⁴. Tiene fama de piadoso tu huésped, Elisa; sin embargo, te dio la espada y el motivo de tu muerte²³⁵.

Os diré lo que os perdió: no supisteis amar. Os faltó el arte: el amor perdura gracias al arte. Tampoco las mujeres de hoy sabrían, mas Citerea²³⁶ me ordenó enseñarles y ella misma se presentó ante mis ojos y me dijo: «¿Qué mal merecen las infelices mujeres? Se las entrega como tropel inerme a los hombres armados. A ellos los hicieron maestros de este arte tus dos libros; también este otro bando ha de ser instruido con tus consejos. Quien al principio había dicho oprobios de la esposa nacida en Terapne, cantó luego sus alabanzas con lira de mayor éxito²³⁷. Si mal no te conozco (¡no hagas daño a las mujeres a las que trataste con consideración!), esta gratitud se podrá pedir para ti mientras vivas». Así dijo, y del mirto (pues de mirto se me había aparecido coronada) me dio una hoja y unos pocos granos; al recibirlos, sentí también la divinidad: el aire resplandeció más puro y mi pecho quedó aliviado por completo de su peso. Mientras ella me inspire, buscad aquí

consejos, mujeres, aquellas a quienes el pudor, las leyes y las propias obligaciones os lo permiten.

Acordaos ya desde ahora de que llegará la vejez: así ninguna ocasión se os escapará de vacío. Mientras podéis y aún se manifiestan los años que de verdad tenéis, divertíos: los años se van como las aguas de un río; ni regresará de nuevo la onda que pasó, ni la hora que pasó puede volver. Hay que aprovechar cada edad: con paso veloz se desliza la edad y no es tan buena la siguiente como lo fue la anterior. Estos tallos cubiertos de blanco los vi yo florecer con violetas, y de esto que es espina me regalaron una bonita corona. Tiempo llegará en que tú, que ahora rechazas amantes²³⁸, yacerás vieja y helada en la noche solitaria, y no romperán tu puerta con una riña nocturna, ni por la mañana hallarás rosas esparcidas en tu umbral. ¡Desgraciado de mí, cuán presto quedan los cuerpos flácidos con arrugas y desaparece el color que hubo en un rostro resplandeciente! Esas canas que juras tener desde la niñez, se esparcirán súbitamente por toda tu cabeza. Las serpientes se desprenden de su vejez al tiempo que de su fina piel y no envejecen los ciervos por perder su cornamenta. Nuestras cualidades, en cambio, huyen sin remedio: coged la flor, porque si no se coge, caerá por sí sola marchita. Añádase a esto que los partos hacen más breve el tiempo de la juventud: el campo envejece con las continuas cosechas.

El latmio Endimión²³⁹ no es para ti, Luna, motivo de rubor, ni Céfalos es presa vergonzosa para la diosa rosácea²⁴⁰. Y aunque a Venus le sea concedido Adonis, a quien llora todavía, ¿de dónde tiene a sus hijos Eneas y Harmonía²⁴¹? Seguid el ejemplo de las diosas, oh, mortales, y no neguéis vuestros placeres a los hombres que os desean. Aunque os engañen, ¿qué perdéis? Todo queda: aunque os tomen mil, nada de ello se pierde. Con el uso, el hierro se desgasta y el pedernal disminuye; pero esa parte de vosotras resiste a todo y no ha de temer ningún daño. ¿Quién va a prohibir que se tome luz de una luz puesta a su lado? ¿O quién va a vigilar las vastas aguas en el mar profundo? Y, sin embargo, ¿habrá alguna mujer que

diga a un hombre «no puede ser»? ¿Qué pierdes, dime, sino el agua que vas a tomar? Y no pretenden mis palabras prostituíros, sino evitar que temáis falsos daños: vuestros dones no pueden sufrir daño alguno.

Pero, aunque después iré con el soplo de vientos más impetuosos, mientras estemos en el puerto, que una brisa ligera me empuje.

Comenzaré por el cultivo del cuerpo: de viñas bien cultivadas procede Líber²⁴² y la mies crece alta en terreno cultivado. La hermosura es un don divino; ¿cuántas y quiénes se enorgullecen de su hermosura? Gran parte de vosotras carece de tal don. Los cuidados os proporcionarán un bello rostro, rostro que si se trata con descuido se marchitará, aunque se asemeje al de la diosa de Idalia²⁴³. Si Andrómaca vestía túnicas recias, ¿qué tiene de asombroso? Era la esposa de un rudo soldado²⁴⁴. ¿La cónyuge de Áyax se le iba a presentar cargada de adornos, cubriéndose él con un escudo de siete pieles de buey? Antes imperaba una ruda sencillez, mas hoy Roma brilla con las espléndidas riquezas del orbe que ha sometido. Fíjate cómo es ahora el Capitolio y cómo fue antes: dirías que estaba dedicado a otro Júpiter²⁴⁵. La Curia²⁴⁶ es ahora muy digna de tan importante asamblea; en el reinado de Tacio²⁴⁷ era de paja. El Palatino, que ahora resplandece bajo la protección de Febo y de nuestros caudillos²⁴⁸, ¿qué era sino pastos para los bueyes de labor? Que se deleiten otros con lo antiguo, yo me alegro de haber nacido ahora: esta época es la que conviene a mi carácter²⁴⁹; y no porque ahora se extraiga de la tierra el oro maleable y nos lleguen perlas recogidas en playas remotas, ni porque decrezcan los montes al extraerse el mármol, ni porque se rechacen las azuladas aguas con el dique, sino porque se cuida el aspecto y no se ha mantenido hasta nuestros días aquella rusticidad de nuestros primeros antepasados.

Tampoco vosotras abruméis las orejas con esas piedras preciosas que el indio de piel tostada recoge en las verdes

aguas; ni aparezcáis cargadas con vestidos recamados en oro: muchas veces nos hacéis huir con los recursos con que pretendéis atraernos.

La elegancia nos cautiva: que no estén alborotados los cabellos; las manos que los cuidan les dan y quitan belleza. No hay un solo tipo de peinado: elija cada cual el que le siente mejor y consulte antes con el espejo. Un rostro alargado acepta bien la raya en medio y el pelo tal cual: así se peinaba Laodamía. Las caras redondas requieren hacer un pequeño moño sobre la cabeza para dejar al descubierto las orejas. Los cabellos de una caigan sobre los hombros, como tú, Febo cantor, cuando coges la lira; otra se los anude al estilo de Diana cuando se recoge la túnica y persigue, como acostumbra, a las fieras espantadas. A ésta le sientan bien los cabellos sueltos y ahuecados; a aquélla, el pelo sujeto y prieto; una prefiere adornarlo con una concha de tortuga de Cilene²⁵⁰; otra lo lleva con ondulaciones como olas. Pero ni contarás nunca las bellotas de la frondosa encina, ni las abejas del Hibla, ni las fieras de los Alpes, ni me es posible a mí abarcar el número de todos los peinados: cada día que pasa añade uno nuevo. Y a muchas les queda bien el pelo descuidado: a menudo creerías que lleva el peinado de ayer cuando está recién peinada. El arte se asemeja al azar; así vio el Alcida a Yole²⁵¹, al tomar la ciudad, y dijo: «La amo»; y así estabas tú, abandonada joven de Cnosos²⁵², cuando Baco te subió en su carro entre los gritos de los sátiros que clamaban «¡jevoé!».

¡Oh, qué indulgente es la naturaleza con vuestros encantos, pues tenéis muchos medios para reparar los daños! Nosotros quedamos por desgracia al descubierto y los cabellos que la edad nos arrebatara caen como las hojas sacudidas por el Bóreas. La mujer tiñe sus canas con hierbas de Germania y consigue con su arte un color mejor que el verdadero. La mujer se nos presenta con una espesísima cabellera comprada y con dinero hace suya la ajena convertida en propia. Y no hay pudor en comprarla abiertamente: vemos que se vende ante los ojos de Hércules y del coro de vírgenes²⁵³.

¿Qué voy a decir del vestido? No me refiero ahora a los recamados ni a ti, lana, que enrojeces con la púrpura de Tiro. Habiendo tantos colores más baratos, ¿qué locura es llevar toda la fortuna sobre el cuerpo? Ahí está el color celeste cuando no hay nubes en el cielo y no trae lluvia el templado Austro. Ahí está el que es semejante a ti²⁵⁴, de quien se cuenta que en otro tiempo alejaste a Frixo y Hele de las asechanzas de Ino. Este color imita el agua del mar y también del mar recibe el nombre: yo diría que con este vestido se cubren las ninfas. Aquél se asemeja al azafrán (con velo azafranado se cubre la rosada diosa cuando apareja los caballos que traen la luz del día²⁵⁵); éste a los mirtos de Pafos²⁵⁶, ése a las purpúreas amatistas o a las rosas blanquecinas o a la grulla de Tracia. No falta el color de tus bellotas, Amarilis, ni el de las almendras, y la cera ha dado su nombre a algunas lanas. Cuantas flores produce de nuevo la tierra cuando al llegar la tibia primavera brotan las yemas de la vid y huye el invierno perezoso, tantos o más tintes admite la lana; elige con acierto, pues no todos los colores convienen a todas. El negro va bien a las blancas como la nieve: a Briseida le iba bien el negro; cuando fue raptada, de negro vestía precisamente. El blanco va bien a las morenas: con ropa blanca, hija de Cefeo²⁵⁷, estabas encantadora, y así ibas vestida cuando fue tomada Serifos²⁵⁸.

¡Qué a punto he estado de advertiros que no llevaseis el terrible olor a macho cabrío en los sobacos y que las piernas no se pusieran ásperas de duros pelos! Mas no estoy enseñando a las mujeres de las rocas del Cáucaso, ni a las que beben tus aguas, Caico de Misia²⁵⁹. ¿A qué aconsejaros que no dejéis ennegrecer los dientes por pereza y que por la mañana os lavéis con agua la cara? Sabéis también dar blancura a la piel con polvos, y la que no tiene el sonrosado de la sangre, con arte lo consigue. Con arte completáis las cejas no bien definidas y con una leve capa de cosmético veláis las auténticas mejillas. No existe pudor en señalar los ojos con fina ceniza o con el azafrán que nace en tus riberas, claro Cidno²⁶⁰. Hay una obra mía en la que he hablado sobre los

cosméticos para vuestra belleza; libro pequeño, pero de gran valor por el cuidado con que lo hice²⁶¹. En él encontraréis también ayuda para vuestra figura estropeada. No es mi arte incapaz para atender vuestras cosas.

Con todo, que el amante no descubra los frascos esparcidos sobre la mesa: el arte ayuda al rostro si está oculto. ¿A quién no le molestan las heces del vino embadurnando toda la cara, cuando por su propio peso resbalan hasta los tibios senos? ¿Cómo no va a apestar la sirria, aunque la envíen de Atenas, si esa mugre se extrae de un vellón de oveja sin lavar? No me parecería bien que usarais ante testigos la mezcla de médulas de cierva ni que os limpiarais los dientes ante testigos. Estos mejunjes aumentan la belleza, pero son desagradables a la vista, y muchas cosas repulsivas al hacerlas, agradan una vez hechas. Las estatuas que ahora llevan grabado el nombre del laborioso Mirón²⁶², antes fueron un bloque informe y pétrea masa. Para hacer un anillo, se bate antes el oro; las vestiduras que lleváis fueron sórdida lana. Cuando se labraba era mármol áspero; ahora es una noble estatua: Venus desnuda escurriendo el agua de su cabellera mojada²⁶³. De igual manera, mientras te arreglas, pensemos nosotros que estás durmiendo y así te veremos más bella tras el último retoque. ¿Por qué he de saber la causa de la blancura de tu cara? Cierra la puerta de tu dormitorio, ¿por qué dejas ver tu obra sin terminar? Conviene que los hombres ignoren muchas cosas: la mayor parte les causaría repulsión si no las ocultaras. Las estatuas doradas que cuelgan en el teatro para adornarlo, obsérvalas bien: son sólo láminas delgadas que recubren la madera, y ni se permite al público acercarse a ellas sino una vez acabadas, ni ha de acicalarse tu hermosura sino en ausencia de los hombres.

En cambio, no te prohíbo que dejes peinarte en público los cabellos, para que caigan sueltos sobre tu espalda; procura, eso sí, no eternizarte en ello, ni soltar una y otra vez el pelo. Que la peinadora se sienta segura: odio a la que le araña la cara con las uñas y le pincha los brazos con la aguja quitada del pelo. Ella maldecirá la cabeza de su señora (¡que tiene entre las

manos!) y manchará con lágrimas y sangre sus odiados cabellos.

La que tenga poco pelo, ponga un guardia a la puerta o vaya a peinarse al templo de la Buena Diosa²⁶⁴. Un día anunciaron a una mujer mi súbita llegada, y en su turbación se puso al revés la cabellera postiza. Sucédales a los enemigos tal motivo de vergüenza y caiga tal deshonor sobre las nueras de los partos²⁶⁵. Es repulsiva una res sin cuernos, repulsivo un campo sin hierba, un árbol sin hojas y una cabeza sin pelo.

No habéis venido a mí, Sémele o Leda²⁶⁶, para que os enseñe, ni tú, Sidonia²⁶⁷, llevada por el mar sobre un falso toro, ni tampoco Helena, a quien no sin razón reclamas tú, Menelao, y que tú, troyano raptor²⁶⁸, no sin razón retienes. Viene a aprender un tropel de mujeres hermosas y feas, y siempre abunda más lo malo que lo bueno. Las hermosas no requieren la ayuda ni los consejos de mi arte; ellas tienen su don: una belleza poderosa sin artificios. Cuando el mar está en calma, el marinero descansa tranquilo; cuando se encrespa, se coloca junto a sus aparejos. No obstante, raro es el rostro que carezca de defectos: oculta los defectos y, a ser posible, esconde las imperfecciones de tu cuerpo. Si eres baja, quédate sentada para que no parezca que estás sentada hallándote de pie, y tiéndete en tu lecho todo lo pequeña que seas, y para que tampoco tumbada puedan medirte, procura esconder los pies echándote ropa encima. La que sea en extremo delgada, póngase vestidos de hilo grueso y deje caer un amplio manto desde sus hombros; la pálida lleve franjas rojas de púrpura sobre su cuerpo; tú que eres más morena, recurre a la ayuda del pez de Faros²⁶⁹. El pie deforme ocúltese siempre en un calzado blanco, y si eres de piernas flacas, no les desates las correas. A los hombros prominentes les convienen unas finas almohadillas; el pecho escaso ciñalo una banda debajo. Acompañe con pocos gestos la conversación quien tenga gruesos los dedos y toscas las uñas, y la que posea un fuerte aliento no hable nunca en ayunas y manténgase siempre a

cierta distancia de la cara del hombre. Si tienes los dientes negros, desmesurados o mal dispuestos, riendo te harás un gran perjuicio.

¿Quién lo creería? Incluso a reír aprenden las mujeres y también con ello buscan atractivo. Que la abertura de la boca sea moderada y se formen hoyuelos a uno y otro lado, y que el extremo inferior del labio oculte el extremo superior de los dientes. No tense los ijares una risa continua, sino que suene leve y con un no sé qué femenino. Hay alguna que tuerce la boca con una carcajada horrible; otra, cuando da rienda suelta a la risa, diríase que llora; aquélla tiene un sonido ronco y desagradable: se ríe igual que rebuzna la torpe burra en la áspera piedra de molino. ¿Adónde no llega el arte? Ellas aprenden a llorar con gracia y lloran cuando y como quieren. ¿Y qué decir cuando suprimen una letra de una palabra y fuerzan la lengua a tartamudear? Hay cierto encanto en el vicio de pronunciar mal las palabras: aprenden a hablar peor de lo que saben. Prestad atención a todo esto, pues resulta provechoso.

Aprended a mover el cuerpo con paso femenino: hay en el andar un encanto no despreciable, que atrae o ahuyenta a los desconocidos. Ésta mueve con arte las caderas, dejando flotar la túnica al viento y avanza el pie con orgullo; aquélla, como si fuera la esposa rubicunda de un marido umbro, marcha patiabierta y a grandes zancadas. Pero también en esto, como en muchas cosas, debe haber justa medida: un andar será rústico; el otro, más afectado de lo conveniente. De cualquier modo, dejad al descubierto la parte inferior del hombro y la parte superior del brazo, para que la contemplen por la izquierda: esto os favorece sobre todo a vosotras, las de nívea piel; esto, cuando lo veo, me inspira deseos de cubrir de besos sin parar ese hombro descubierto.

Las sirenas eran unos monstruos marinos²⁷⁰ que con su voz cantora detenían las naves, por rápidas que fuesen; apenas las oyó el hijo de Sísifo²⁷¹, estuvo a punto de desatar su cuerpo,

pues sus compañeros llevaban cera puesta en los oídos. Cosa dulce es el canto: aprendan a cantar las muchachas (para muchas, en lugar de un bello rostro, la voz ha sido su alcahueta) y repitan ora las canciones oídas en los marmóreos teatros, ora las entonadas con ritmos del Nilo. La mujer aleccionada por mi criterio no ha de ignorar el manejo del plectro²⁷² con la derecha y de la cítara con la izquierda. Orfeo, el del Ródope²⁷³, conmovió las rocas y las fieras, los lagos del Tártaro y al perro de tres cabezas²⁷⁴; y las rocas al son de tu canto, justísimo vengador de tu madre, construyeron obedientes los nuevos muros²⁷⁵. Se cree que un pez, aunque mudo, se sintió conmovido por el son de la lira de Arión²⁷⁶, según la conocida leyenda. Aprende también a tocar con las dos manos la placentera arpa: va bien con las efusiones amorosas.

Séate conocida la musa de Calímaco, la del poeta de Cos y también la del anciano beodo de Teos²⁷⁷. Y conocida te sea Safo (pues ¿qué hay más voluptuoso que ella?) y aquel que nos presenta a un padre burlado por las artes del taimado Geta²⁷⁸. Y podrías leer la poesía del tierno Propercio o algo de Galo o tuyo, Tibulo²⁷⁹, y el célebre vellocino de oro cantado por Varrón²⁸⁰, vellón del que se lamentó tu hermana, Frixo²⁸¹, y la huida de Eneas, origen de la soberbia Roma: no hay obra más famosa y brillante en el Lacio²⁸². Quizá también mi nombre se mezcle con éstos y mis escritos no vayan a parar a las aguas del Leteo²⁸³, y alguien diga: «Tú que eres culta lee los versos de nuestro maestro en los que ha instruido a las dos partes²⁸⁴, o de los tres libros que designa con el título *Amores*, elige uno que leas suavemente con dulce voz, o declama en tono elevado una de sus epístolas²⁸⁵, género desconocido que él inventó». ¡Así lo quieras, oh, Febo, y así vosotras, piadosas deidades de los poetas, el célebre Baco por los cuernos y las nueve musas!

¿Quién duda que exijo de la mujer que sepa danzar y que, tras el vino, mueva los brazos si se lo piden? Las que saben

cimbrear las caderas, espectáculo propio del teatro, gustan mucho: tanto encanto tienen sus movimientos.

Me sonroja dar consejos sobre estas minucias: que conozca las tiradas de las tabas y vuestro valor, dados, cuando os arrojan, y que unas veces lance los tres dados, y otras piense astuta y con acierto en qué número debe plantarse y en cuál pedir; y que juegue con cautela y sin torpeza a los soldados²⁸⁶: un peón cae al verse ante dos enemigos, y el guerrero, cogido por sorpresa, pelea sin su compañera y, rivalizando, a menudo desanda el camino emprendido. De las bolitas que se esparcen sobre la retícula, no has de mover ninguna salvo la que cojas. Hay un juego en el que una tenue línea lo divide en tantas casillas como meses tiene el año fugaz; sobre el pequeño tablero se ponen tres piedrecitas a ambos lados y vence quien coloca las suyas en línea. Practica mil juegos; es vergonzoso que una mujer no sepa jugar: muchas veces jugando se da pie al amor. Pero es tarea fácil saber tirar los dados; mayor trabajo es apaciguar los deseos. En ese momento no obramos con cautela, la misma pasión nos hace manifestarnos tal cual somos y a través del juego dejamos ver nuestro carácter al desnudo. Surge la ira, vicio aborrecible, y el afán de lucro y las disputas y riñas y la angustiada pesadumbre. Se hacen acusaciones y el aire resuena con los gritos; cada cual invoca en su favor la ira de los dioses. No hay buena fe en la mesa de juego, ¿qué no se pide con esas imprecaciones? Incluso he visto a menudo que las mejillas se humedecían con lágrimas. ¡Que Júpiter aparte tan feas faltas de vosotras, que procuráis agradar a un hombre!

Éstos son los juegos que asignó a las mujeres su débil naturaleza; los hombres se entretienen con más diversos temas. Ellos tienen las veloces pelotas, la jabalina, los aros, las armas y el caballo al que obligan a dar vueltas. A vosotras no os da cabida el Campo de Marte ni la gélida fuente virginal²⁸⁷, ni el río toscano²⁸⁸ os lleva en su plácida corriente. En cambio podéis, y os resultará provechoso, pasear por las sombras pompeyanas cuando arde la cabeza de la Virgen a causa de los

caballos celestes²⁸⁹. Frecuentad el Palatino consagrado a Febo, coronado de laurel (él hundió en el mar las naves paretonias²⁹⁰), y los monumentos que erigieron la hermana y la esposa de nuestro príncipe²⁹¹, así como su yerno²⁹², ceñido por la corona naval. Frecuentad las aras donde se quema el incienso en honor de la vaca de Menfis²⁹³; frecuentad los tres teatros²⁹⁴, con sus asientos bien visibles. Id a contemplar la arena manchada con tibia sangre y la meta por donde ha de girar la ardiente rueda²⁹⁵.

Lo que está oculto no se conoce y lo no conocido ningún deseo puede inspirar. Cuando una cara bonita no la ve nadie, ¿de qué sirve? Aunque superes en el canto a Támiris y Amebeo²⁹⁶, no conseguirá el aplauso tu lira desconocida; si Apeles, el de Cos, no hubiese pintado a Venus, ella permanecería oculta, sumergida en las aguas del mar²⁹⁷. ¿Qué pretenden los sagrados poetas sino la fama? Este deseo alienta todos nuestros esfuerzos. Antaño los poetas eran preocupación de dioses y reyes, y los antiguos coros alcanzaban magníficos premios; los vates gozaban de sagrada majestad y nombre venerable, y a menudo se les daba cuantiosas riquezas: Ennio, nacido en los montes de Calabria, mereció ser puesto a tu lado, gran Escipión²⁹⁸. Ahora las coronas de hiedra yacen sin honor y el trabajo con sus horas de vigilia que se dedica a las doctas musas recibe el nombre de holgazanería. Pero son gratas las vigilias para alcanzar la fama: ¿quién conocería a Homero si hubiese permanecido oculta la *Ilíada*, su obra inmortal?, ¿quién conocería a Dánae²⁹⁹ si hubiese estado siempre encerrada y escondida en su torre hasta la vejez?

La multitud es útil para vosotras, mujeres hermosas; dirigid a menudo vuestros pasos más allá del umbral de casa. La loba asedia muchas ovejas para llevarse una y contra muchas aves se precipita en su vuelo el ave de Júpiter. También la mujer bella debe ofrecerse a las miradas de la gente: entre muchos quizá haya uno a quien seducir. Que en todas partes permanezca deseosa de agradar y se preocupe enteramente por

cuidar su atractivo. Por doquier reina el azar: ten siempre dispuesto el anzuelo; en el remolino donde menos te figures habrá un pez. Mil veces los perros corren en vano por los montes boscosos y el ciervo viene a caer en las redes sin que ninguno lo acose. ¿Cómo iba a esperar Andrómeda³⁰⁰ encadenada que podría gustar a alguien con sus lágrimas? Muchas veces se intenta atraer a un hombre en el funeral de otro: ir con los cabellos sueltos y no contener el llanto queda bien.

Pero evitad a los hombres que hacen ostentación de elegancia y belleza y se colocan cada pelo en su sitio. Lo que os dicen a vosotras lo dijeron a otras mil: su amor vaga de un lugar para otro sin detenerse en ninguno. ¿Qué hará la mujer con un hombre más afeminado que ella y que acaso posea a mayor número de hombres? Apenas me creéis, pero creedme: Troya permanecería en pie si hubiese seguido las órdenes de su rey Príamo³⁰¹. Hay quienes se insinúan con una imagen falsa de amor y accediendo por tales medios aspiran a ganancias vergonzosas. No os engañe su cabellera brillantísima con perfume de nardo, ni la pequeña lengüeta del calzado sujeta según sus pliegues, ni os embauque la toga finísima de hilo, ni la multitud de anillos en los dedos. Acaso el más elegante de éstos sea un ladrón que arda de amor por tu vestido. «Devuélveme lo mío», gritan a todas horas las muchachas despojadas, y el foro entero resuena con su voz: «Devuélveme lo mío». Estas peleas contemplas, Venus, sin inmutarte desde tu templo rutilante de oro, y también las apíades³⁰².

Hay también algunos de merecida mala fama y las engañadas por muchos de ellos se hacen con la reputación de su amante. Aprended de las quejas de otras a temer por las vuestras: no abráis la puerta a un falaz seductor. Cecrópides³⁰³, no creáis los juramentos de Teseo: los que haga poniendo a los dioses por testigos, ya los hizo antes³⁰⁴. Y tú, Demofonte³⁰⁵, heredero del delito de Teseo, no inspiras

ninguna confianza después de abandonar a Filis. Si os dan buenas promesas, prometed con otras tantas palabras; si os dan regalos, dadles vosotras también los goces pactados. La mujer es capaz de apagar las llamas siempre vivas de Vesta, de robar los objetos sagrados de tu templo, hija de Ínaco, y de dar a su esposo el acónito mezclado con cicuta triturada si, después de aceptar regalos, se niega a conceder los placeres de Venus³⁰⁶.

Es mi intención detenerme más cerca: musa, tira de las riendas, no sea que salgas lanzada por la velocidad de las ruedas. Que unas palabras escritas en tablillas de abeto tanteen el terreno y una criada de confianza recoja las misivas. Examínalas bien y al leerlas, deduce por sus propias palabras si finge o si ruega de corazón y verdaderamente inquieto. Contéstale tras una breve espera: la espera siempre excita a los amantes, siempre que sea por un tiempo corto. Pero no le prometas un sí fácilmente al joven que te solicita, ni te niegues con dureza a sus pretensiones. Haz que tema y espere a la vez, y a cada contestación tuya crezcan sus esperanzas y disminuya su temor. Muchachas, escribid con palabras cuidadas pero habituales y de uso común: agrada la forma coloquial de hablar. ¡Ah, cuántas veces un amante dubitativo se inflamó por una carta, y un pésimo lenguaje perjudicó a una gran belleza! Mas, puesto que os proponéis engañar a vuestros hombres, aun careciendo del honor de las cintas en el pelo³⁰⁷, que sea la mano de una sierva o un esclavo de confianza la que lleve las tablillas, y no confiéis tan caras prendas a un esclavo nuevo: es pérfido de veras el que se guarda tales prendas, pero tiene en su poder armas tan terribles como los rayos del Etna³⁰⁸. Yo he visto mujeres desdichadas, pálidas de terror por esta esclavitud que han de soportar toda su vida. A mi juicio, es lícito alejar el fraude con el fraude, y las leyes permiten tomar las armas contra los que van armados. Procurad que una sola mano se acostumbre a trazar múltiples tipos de letra (¡ah!, perezcan aquellos por quienes me veo obligado a dar estos consejos), y no es seguro responder en la tablilla sino después de borrar la cera, para que una misma tablilla no contenga la escritura de

dos manos. Al escribir, sea nombrado el amante como si fuera una mujer: en vuestras notas ha de ponerse «ella» donde iría «él».

Si se me permite volver la atención de las cuestiones pequeñas a las de mayor enjundia y desplegar enteramente las velas para que se inflen al viento, favorece al bello rostro reprimir el carácter furioso: la serena paz conviene a los hombres, la ira brutal a las fieras. Con la ira se hincha la cara, las venas se ennegrecen de sangre y chispean los ojos con más violencia que el fuego de las gorgonas³⁰⁹. «¡Vete lejos de aquí, flauta, no vales tanto para mí!», dijo Palas, cuando vio en el río su rostro³¹⁰; vosotras también, si os miráis al espejo en medio de vuestra ira, apenas llegaréis a reconocer alguna su cara. Y no es menos dañino para vuestro rostro la soberbia: al amor hay que atraerlo con dulces ojos. Odiamos la excesiva altanería (¡creed a un experto!): a menudo un rostro callado contiene semillas de odio. Mira a quien te mira, sonríe amablemente a quien te sonríe. Te hace una seña con la cabeza: devuélvele tú también la señal recibida. Así, una vez que el niño se ha ejercitado y ha dejado sus flechas romas, saca de su aljaba las puntiagudas. Odiamos también a las tristes: ame Áyax a Tecmesa; a nosotros, gente jovial, nos cautiva una mujer alegre. Nunca te rogaría yo a ti, Andrómaca, ni a ti, Tecmesa³¹¹, para que una u otra fuese mi amiga. Apenas llego a creer, aunque me obliguen a creerlo vuestros partos, que os hayáis acostado con vuestros maridos. ¿Acaso le dijo a Áyax su tristísima esposa «vida mía» y esas frases que suelen agradar a los hombres?

¿Quién me prohibirá aplicar ejemplos de cosas grandes a otras menores, y no tener miedo de la palabra «general»? Un buen general entrega a éste cien hombres para que los mande con la vid³¹², a ese otro la caballería y a aquél la defensa de las banderas; vosotras, del mismo modo, examinad para qué sirve cada uno de nosotros y poned a cada cual en el lugar preciso. El rico que os dé regalos; el que ejerce la ley, que os asesore; el que es elocuente, que defienda vuestra causa. Los

que componemos versos, solamente versos enviemos: nosotros somos el grupo idóneo para amar, más que los otros. Nosotros pregonamos por todas partes la belleza que nos ha deleitado: fama tiene Némesis y Cintia tiene fama; las tierras de Poniente y Oriente conocen a Licoris y muchos preguntan quién es nuestra Corina³¹³. Añade a ello que no hay cabida para las insidias en los sagrados poetas y que nuestro arte nos va moldeando según sus principios. No nos afecta la ambición ni el ansia de poseer, despreciamos el foro y veneramos el lecho y la penumbra. Pero nos apegamos a algo fácilmente, nos abrasamos con ardor impetuoso y sabemos amar con firme e incluso excesiva fidelidad. Naturalmente, el temperamento se suaviza con nuestro arte apacible, y nuestros hábitos van conformándose a nuestro oficio. Muchachas, sed complacientes con los vates aonios³¹⁴: la divinidad vive en ellos y las piérides les conceden su favor. Hay un dios en nosotros y tenemos relaciones con el cielo: la inspiración nos viene de las mansiones etéreas. Es un crimen esperar dinero de los doctos poetas; ¡desdichado de mí!, ninguna mujer teme cometer ese crimen. Disimulad, no obstante, y no seáis rapaces en el primer encuentro: el nuevo amante se detendrá pronto al ver la trampa³¹⁵.

Mas ni el jinete gobierna de igual modo con el freno al caballo que recientemente probó las riendas que al ya experto en ellas, ni tú has de seguir el mismo camino para conquistar a corazones maduros por los años y a la verde juventud. Este bisoño y por primera vez visto en los campamentos del amor³¹⁶, presa reciente que ha llegado a tu tálamo, que sólo te conozca a ti y a ti únicamente esté siempre pegado: es un campo que se ha de cercar con altos vallados. Ahuyenta a la rival; vencerás mientras tú sola lo tengas: los reinos y el amor no se mantienen bien cuando se comparten. El soldado veterano amará con calma y sabiduría y aceptará muchas cosas que un novato no soportaría: no romperá la puerta ni le prenderá furioso fuego, ni atacará las tiernas mejillas de su dueña con las uñas, ni desgarrará su túnica ni la túnica de ella,

ni serán motivo de llanto los cabellos arrancados. Esto es propio de muchachos ardientes por la edad y el amor. El otro soportará crueles heridas con ánimo sereno, ¡ay!, arderá a fuego lento como la paja húmeda o como la madera recién cortada en el monte. Este amor es más seguro; aquél es breve y más fecundo: coged con mano rápida los frutos que se escapan.

Entreguemos todo (hemos abierto las puertas al enemigo) y haya fidelidad en la traición infiel. Lo que se entrega fácilmente mal puede alimentar un largo amor: hay que mezclar de vez en cuando alguna negativa entre los juegos placenteros. Que se tumbe ante tu puerta, que exclame «¡puerta cruel!» y muchas veces se muestre sumiso y muchas amenace. No soportamos lo dulce: variemos con un jugo amargo. Más de una vez se hunde la barca por el empuje de vientos favorables. Por esta razón no se puede amar a las esposas: porque los maridos acuden a ellas cuando les place. Interpón una puerta y que el portero te diga en tono severo: «No puedes pasar»; al ser rechazado, también a ti te alcanzará el amor³¹⁷.

Dejad ya las espadas romas: ¡que se luce con las puntiagudas! Y no dudo de que seré atacado con mis propias flechas. Mientras el amante está cayendo en tus redes, y también si ha caído recientemente, que tenga la esperanza de que es el único poseedor de tu tálamo; luego, que se dé cuenta de que hay un rival y que el derecho a tu cama es compartido: si suprimes estos artificios, el amor envejece. Levantada la barrera, un caballo vigoroso corre mejor precisamente cuando tiene otros a los que adelantar y a los que perseguir. Por muy extinguido que se halle el fuego, una afrenta lo reanima; yo mismo, lo confieso, no sé amar si no me ofenden. Sin embargo, no debe quedar demasiado claro el motivo de su dolor; que piense, inquieto, que hay más de lo que sabe. También estimula la implacable vigilancia de un supuesto esclavo y la molesta preocupación de un esposo demasiado severo. El placer que se obtiene sin riesgo es menos agradable.

Aunque seas más libre que Tais³¹⁸, finge tener miedo. Aunque puedas hacerle pasar por la puerta, dile que entre por la ventana y muestra en tu rostro señales de temor; que una criada astuta entre apresurada y diga: «¡Estamos perdidas!», y tú esconde en cualquier sitio al joven tembloroso. No obstante, hay que alternar con el temor el placer sin riesgos, no vaya a creer que tus noches no valen tanto.

Iba a omitir la manera de eludir a un marido perspicaz y a un guardián vigilante. La casada tema al marido, apruébese el custodiar a la casada: es lo conveniente, y así lo mandan las leyes, la autoridad y el pudor; pero que también seas vigilada tú, a quien la vara ha liberado hace poco³¹⁹, ¿quién lo soportaría? Ven a mi sagrada iniciación y aprenderás el arte de engañar. Aunque te celen tantos ojos como tenía Argos³²⁰, sirviéndote sólo de tu firme voluntad los engañarás. ¿Seguro que podrá impedirte el guardián que escribas cuando dispongas de tiempo para lavarte, y cuando tu confidente pueda llevar las tablillas escritas ocultándolas en el tibio seno bajo un ancho ceñidor, y que pueda ocultar las cartas atándolas a su pantorrilla y llevar los tiernos mensajes bajo su pie calzado? Si el guardián estuviera precavido de todo esto, que tu confidente te ofrezca su espalda a modo de carta y lleve las palabras en su cuerpo. Es segura también y engaña a los ojos la letra escrita con leche recién ordeñada (pásale polvillo de carbón y la leerás). Engaña igualmente la que se hace con un punzón de lino humedecido, y así las tablillas, aparentemente intactas, llevarán mensajes ocultos.

Gran cuidado puso Acrisio en guardar a su hija³²¹; sin embargo, ella con su falta le hizo abuelo. ¿Qué va a hacer el guardián cuando hay tantos teatros en Roma, cuando ella va de buen grado al espectáculo de cuadrigas de caballos, cuando se sienta bien atenta a los sisros³²² de la ternera de Faros³²³, e incluso va donde no se permite la entrada a sus acompañantes, cuando la buena diosa aparta de su templo las miradas de los hombres, salvo la de aquellos a los que ella manda venir; cuando, mientras el vigilante guarda fuera las ropas de la

mujer, muchos baños esconden sus placeres furtivos; cuando, siempre que es preciso, una amiga se finge enferma y, a pesar de la enfermedad, cede su lecho; cuando una llave adulterada nos enseña con su nombre qué hacer, y la puerta no es la única vía de acceso a lo que buscas? También se burla la atención del guardián con abundante Lieo³²⁴, aunque esa uva haya sido recogida en los cerros de Hispania; asimismo, hay fármacos que sumen en profundo sopor y cierran los ojos vencidos con la noche del Leteo³²⁵. Tampoco es mala idea que tu confidente entretenga al odioso individuo con lentas caricias y ella misma se una a él durante largo tiempo. Mas ¿a qué andar con rodeos y consejos de tan poco fuste, si con un mínimo regalo se puede comprar al vigilante? Los regalos, créeme, conquistan a los hombres y a los dioses: el propio Júpiter se aplaca con las ofrendas. Lo mismo hace el ignorante que el sabio: se alegra con el regalo; también él estará mudo desde el momento en que lo reciba. Pero una sola vez hay que comprar al guardián, y para siempre: la mano que una vez tendió, la tenderá muchas otras.

Me había quejado, bien lo recuerdo, de que había que temer a los amigos³²⁶; esta queja no atañe sólo a los hombres. Si eres confiada, otras te quitarán tus placeres y esa liebre que has perseguido será para otras. Incluso esa que te ofrece tan servicial casa y lecho, créeme, en más de una ocasión ha estado conmigo. Y que no te sirva una criada demasiado hermosa: muchas veces se ha ofrecido ella a mí en el lugar de su señora. ¿Adónde me veo arrastrado, loco de mí? ¿Por qué me lanzo al enemigo a pecho descubierto y me traiciono delatándome a mí mismo? No muestra el ave a los cazadores en qué lugares han de buscarla, ni la cierva enseña a correr a los perros que la persiguen. ¡Allá la utilidad!, yo continuaré fielmente con mi empresa y daré espadas a las mujeres de Lemnos³²⁷ para que acaben conmigo.

Conseguid (y es cosa fácil) que nos creamos amados: la fe le llega de forma natural al que desea ardorosamente. Que la mujer mire al joven muy cariñosamente y suspire desde lo más

hondo, que le pregunte por qué viene tan tarde, añádanse lágrimas y dolor fingido por una rival, y que le arañe la cara con sus uñas. Al instante quedará persuadido él; además se compadecerá y dirá: «Ésta ha caído loca por mí». Sobre todo, si es elegante y se gusta en el espejo, creará que puede infundir amor a las mismas diosas. Mas a ti, que la ofensa, sea cual sea, apenas te turbe y no pierdas el seso al oír que hay una rival, ni lo creas tan fácilmente: Procris³²⁸ será para vosotras un buen ejemplo de cuán dañino es creer con facilidad.

Cerca de los purpúreos collados del florido Himeto³²⁹ hay una fuente sagrada y una tierra mullida por el verde césped. Los árboles, no muy altos, forman un bosque; los arbustos cubren la hierba; el romero, el laurel y el oscuro mirto esparcen su fragancia; no faltan el boj de denso follaje y los frágiles tamarindos, ni el delicado codeso y el elegante pino; movida por los suaves céfiros y la saludable brisa, tiembla tan variada fronda y la parte alta de la hierba³³⁰. Gustaba esa tranquilidad a Céfalo; dejando a perros y criados, a menudo se sentaba cansado el joven en el suelo y solía cantar: «Brisa volandera que alivias mis ardores, ven a que te acoja en mi regazo». Alguien, perversamente solícito, llevó de memoria en su boca a los miedosos oídos de la esposa las palabras que había escuchado. Procris, cuando oyó el nombre de la que supuso rival, Brisa, se desmayó y quedó muda del súbito dolor. Palideció, como palidecen las hojas tardías de la vid que el nuevo invierno daña, después de ser vendimiados sus racimos, o como los membrillos maduros que curvan las ramas, o las bayas del cornejo aún no suficientemente en sazón para ser comidas. Cuando recobró el sentido, rasga sus finas vestiduras desde el pecho y hiere con las uñas sus mejillas, indignas de ese trato. Al instante echa a correr, furibunda, por los caminos con los cabellos sueltos, cual Bacante excitada por el tirso³³¹. Cuando se hubo acercado, deja en el valle a quienes la acompañan y entra decidida en el bosque con paso silencioso y a escondidas. ¿Qué pasaba por tu mente, Procris, cuando así te ocultabas enajenada? ¿Qué ardor había en tu pecho

desconcertado? Sin duda creías que iba a llegar ya esa Brisa, quienquiera que fuese, y que habrían de ver tus ojos la infamia. Ya te arrepientes de haber venido (en realidad no quisieras sorprenderlos), ya te alegras: tu amor inseguro agita tu pecho. Te obligan a creerlo el lugar, el nombre y el delator, y que el que ama piensa siempre que existe lo que teme. Al ver huellas de un cuerpo en la hierba aplastada, se agita su tembloroso pecho con los latidos del corazón. Ya el día en su curso medio había acortado las tenues sombras y a igual distancia se hallaban el orto y el ocaso, cuando he aquí que Céfalos, descendiente del Cilenio³³², vuelve del bosque y se rocía el rostro acalorado con agua de la fuente. Tú, Procris, te ocultas con angustiada ansiedad; se tiende él como solía sobre la hierba y dice: «¡Suaves céfiros y tú, Brisa, ven aquí!». En cuanto le quedó claro a la desdichada el gracioso malentendido del nombre, recobró el juicio y el color natural del rostro. Álzase la esposa y mueve el follaje en derredor con su cuerpo, que agitado va a echarse en brazos del marido; él, creyendo que ha visto una fiera, agarra el arco con juvenil celeridad y ya tenía en la diestra los dardos. ¿Qué haces, infeliz? No es una fiera, ¡deja los dardos! ¡Desdichado de mí!, tu venablo ha atravesado a la joven. «¡Ay de mí!», exclama ella, «has atravesado un pecho amigo: este lugar siempre tiene heridas hechas por Céfalos³³³. Muero antes de tiempo, mas sin ser ultrajada por ninguna rival: eso hará que tú, tierra, me seas leve cuando me cubras. Ya mi aliento sale a fundirse con las brisas, de cuyo nombre sospeché. Desfallezco, ¡ay!, cierra mis ojos con tu querida mano». Él sostiene sobre su afligido pecho el cuerpo moribundo de su dueña y lava con sus lágrimas las crueles heridas. Sale su último aliento y, según se escapa poco a poco de aquel pecho incauto, es recogido por la boca del desdichado esposo.

Pero volvamos a nuestra obra; debo ir derecho al asunto, para que llegue a puerto mi fatigada barca. Esperas impaciente que te lleve a los banquetes y pides también mis consejos al respecto. Llega tarde y entra debidamente cuando hayan

encendido los candiles: agradarás si llegas con demora, la demora es la mayor alcahueta. Aunque seas fea, parecerás hermosa a los que están ebrios y la propia noche dará escondite a tus defectos. Toma los alimentos con los dedos³³⁴ (es importante la manera de comer) y no te embadurnes toda la cara con la mano sucia; ni comas previamente en casa, pero déjalo antes de saciarte: come algo menos de lo que podrías. Si el hijo de Príamo hubiera visto a Helena comer con avidez, la hubiese aborrecido y diría: «¡Qué rapto tan estúpido el mío!». Es más apropiado y conviene más a las mujeres el que beban: tú, Baco, no te llevas mal con el hijo de Venus. Pero esto hay que hacerlo mientras lo soporte la cabeza, y la mente y los pies se mantengan firmes; no vayas a ver doble lo que es uno. Repugna la mujer que yace empapada de abundante Lieo: merece ser la presa de cualquiera. Tampoco es seguro abandonarse al sueño en la mesa: durante el sueño se suelen hacer muchas cosas vergonzosas.

Me avergüenza enseñaros lo que sigue, mas la nutricia Dione³³⁵ me dice: «Eso que te avergüenza es principalmente nuestro cometido». Cada una se conozca a sí misma; según vuestro cuerpo adoptad una determinada manera: no a todas conviene la misma postura. Quien destaque por sus facciones, échese boca arriba; quien atraiga por su espalda, que sea mirada de espaldas. Milanión llevaba sobre sus hombros las piernas de Atalanta³³⁶: si las tuyas son bellas, de ese modo se han de contemplar. La que es pequeña monte a caballo; como era altísima, la esposa tebana³³⁷ nunca cabalgó sobre Héctor. Apóyese de rodillas en el colchón, con el cuello un poco doblado, la mujer que es de admirar por su largo costado. Para quien tiene un muslo juvenil y sus pechos carecen de defectos, esté el hombre de pie y ella tendida en un lecho inclinado. No creas que es deshonroso desatar tu melena, como la madre de Filis³³⁸, e inclina hacia atrás el cuello con los cabellos sueltos. También tú, a quien Lucina³³⁹ señaló el vientre con arrugas, cabalga de espaldas como el rápido parto³⁴⁰. Mil son los

juegos de Venus; el sencillo y de mínimo esfuerzo es cuando yace de lado sobre el costado derecho.

Mas ni los trípodes de Febo ni el cornífero Amón³⁴¹ os darán oráculos más verdaderos que los de mi musa. Si tenéis fe en algo, confiad en mi Arte³⁴², que hice tras larga experiencia: mis versos justificarán esa confianza. Sienta el placer de Venus la mujer, derretida hasta la médula de los huesos, y gocen por igual los dos. No cesen las palabras tiernas y los gozosos murmullos, ni callen las frases lascivas en medio de los juegos. Incluso tú, a quien la naturaleza negó la sensualidad de Venus, finge dulces goces con falsos jadeos (¡desgraciada es la muchacha que tiene insensible aquella parte con la que deben disfrutar por igual la mujer y el hombre!). Cuida tan sólo, cuando finjas, que no te descubra: dale autenticidad con tus movimientos y por la misma mirada; que tus palabras y jadeos demuestren que gozas. ¡Ay, me da vergüenza!, esta parte tiene cosas secretas. La que después de los placeres de Venus pide un regalo a su amante, ella misma no quiere que sus ruegos tengan efecto. No consientas que la luz entre a la alcoba por las ventanas abiertas: hay muchas partes en vuestro cuerpo que están mejor ocultas.

La diversión tiene su fin: hora es de que descieran los cisnes que han llevado el yugo de mi carro sobre su cuello³⁴³. Como antes los jóvenes, así ahora las muchachas, mi comitiva, inscriban sobre su trofeo: «Nasón fue mi maestro».

²²⁵ Reina de las Amazonas, que participó en la guerra de Troya y allí fue muerta por Aquiles. Ovidio inicia su tercer libro con esta declaración de principios dentro del tópico de la *militia amoris*: si antes ha dado armas-consejos a los hombres contra las mujeres, ahora se los ofrece a las mujeres contra aquéllos para que vayan igualados al combate del amor.

²²⁶ Dione es otro apelativo de Venus (nutricia por dar el alimento de la vida) y el niño es su hijo Cupido.

²²⁷ Menelao, hijo menor de Atreo, quejoso de la infidelidad de su mujer.

²²⁸ Agamenón, hijo mayor de Atreo, puede reprochar a su mujer Clitemnestra, hermana de Helena, su infidelidad con Egisto y el que lo asesinara en connivencia

con él. Véanse notas 63 y 174-175.

229 Anfiarao, hijo de Ecles, era adivino y previó su muerte si iba a la expedición contra Tebas. Fue su mujer Erifila quien, sobornada con un regalo, obligó a su marido a ir a la guerra, y Anfiarao muere cuando la tierra se abre bajo sus pies por un rayo.

230 Protesilao, nieto de Filaco. Véase nota 165.

231 Ella es Alcestris, esposa de Admeto (el Feretíada: hijo de Feres), y consintió en morir para librar de la muerte a su esposo.

232 Evadne, que era la esposa de Capaneo, miembro de la expedición de los siete contra Tebas. Ella se arroja a la pira funeraria de su marido.

233 Jasón, hijo de Esón, y ella es Medea. Véanse notas 135 y 169.

234 Filis amaba a Demofonte, pero él no cumplió su promesa de volver de un viaje. En la fecha señalada para su regreso, Filis recorrió nueve veces el camino de la ciudad al puerto y al no verlo se suicidó. Quedó convertida en un almendro sin hojas.

235 Elisa es un apelativo de Dido, reina de Cartago, quien tuvo relaciones con su huésped Eneas en su viaje de regreso a Ítaca, y cuando él la abandonó, ella se suicidó con la espada que él mismo le había regalado.

236 Venus.

237 Se refiere al poeta Estesícoro, que se quedó ciego en castigo por haber criticado en sus versos la infidelidad de Helena (nacida en Terapne) y que luego escribió la *Palinodia*, donde se desmentía de lo dicho y afirmó que Paris se había llevado sólo la imagen de Helena.

238 Nuevamente el tópico literario del *exclusus amator*, traído a colación dentro del discurso argumentativo del *carpe diem*, que más adelante recrea en forma de *carpite florem*: «coged la flor».

239 Pastor de Latmos del que se enamoró la Luna.

240 Se refiere a la Aurora, que se enamoró del ateniense Céfalo y lo raptó.

241 Zeus dirimió la disputa entre Perséfone y Afrodita (Venus) por Adonis, repartiéndolo entre las dos por épocas a lo largo del año, aunque al final acabó muerto por un jabalí. Venus, que estaba casada con Efesto, le fue infiel no sólo con Adonis sino también con el dios Ares (Marte), de quien tuvo a Harmonía, y con Anquises, de cuya unión nació Eneas. Precisamente es el adulterio lo que tiene en común esta diosa con las otras dos citadas antes, la Luna y la Aurora.

242 Divinidad arcaica latina que fue asimilada a Baco y aquí se utiliza como metonimia por vino.

243 Se refiere a Venus, pues Idalia era una antigua ciudad de Chipre consagrada a esta diosa, con su templo en el monte Idalio.

244 Héctor, héroe troyano.

245 El Capitolio fue una de las colinas de Roma que dio nombre al conjunto de tres templos consagrados a Júpiter, Juno y Minerva. Júpiter era el dios supremo del

Capitolio y a él se dirigía el cónsul al comenzar su mandato durante la República, y en el Imperio lo invocaba el emperador.

246 Sede del Senado. Empezadas las obras con Julio César, acabaron con Augusto en el 29 a. C.

247 Rey sabino que reinó con Rómulo en Roma, en sus orígenes.

248 En la famosa colina del Palatino (primer asentamiento de Roma, véase nota 29) residía la clase dirigente romana durante la República y se convirtió en residencia oficial imperial con el palacio de Augusto, quien quiso manifestar así la relación entre el emperador y el fundador de la ciudad, Rómulo. Allí se hallaba también el templo de Apolo (Febo).

249 A diferencia de los poetas augusteos, Ovidio no exalta la Antigua Roma y, de su época, lo que elogia es el culto al cuerpo y a los placeres.

250 Ciudad de Arcadia, de cuyas tortugas se sirvió Hermes (el Mercurio romano) para hacer una lira con su concha, inventando así el instrumento musical. Aquí indicaría una peineta hecha con ese material.

251 Hija del rey de Ecalia, que fue raptada por Hércules (nieta de Alceo), al negarse el rey a concederle a su hija como premio en el concurso de tiro, por lo que Hércules atacó la ciudad.

252 Ariadna. Para este pasaje, véanse notas 87, 88, 91 y 93.

253 Se refiere al templo de Hércules y a las estatuas de las musas, que se hallaban en el Campo de Marte.

254 Se refiere al color de las nubes, pues alude a Néfele («nube» en griego), quien tuvo dos hijos (Frixo y Hele) de su esposo Atamante y cuando éste la abandonó para casarse con Ino, Néfele quiso salvar a sus hijos de la muerte que tramó Ino, dándoles el vellocino de oro para que huyeran.

255 Alude a la Aurora.

256 Se refiere al color verde, del mirto, que es la planta de Venus, a quien estaba dedicado un templo en Pafos.

257 Andrómeda. Véase nota 13.

258 Cuando Perseo regresa con su mujer Andrómeda a Serifos, se ve obligado a tomar la ciudad para salvar a su madre Dánae de Polidectes.

259 El Caico era un río de Misia, en Asia Menor.

260 Río de Cilicia, en Asia Menor.

261 Se refiere a *Sobre la cosmética del rostro femenino*, que ya había compuesto aunque se desconoce la fecha.

262 Escultor griego del siglo V a. C., autor del famoso *Discóbolo*.

263 Es la imagen de Afrodita surgiendo de las aguas del mar.

264 Porque los hombres no podían entrar en dicho templo.

265 Pueblo enemigo de los romanos.

266 Mujeres hermosas que fueron amadas por Zeus.

[267](#) Se refiere a Europa, bella mujer fenicia (Sidón es de Fenicia) que fue raptada por Zeus, transformado en toro.

[268](#) Paris. Ovidio trae ejemplos de mujeres amadas por su belleza.

[269](#) Pequeña isla de Egipto donde se construyó el faro de Alejandría.

[270](#) Eran mitad mujer y mitad ave, y con su delicioso canto atraían a los navegantes y los hacían naufragar.

[271](#) Ulises, que según cierta versión era hijo de Sísifo, fue avisado por la maga Circe del hechizo seductor de las sirenas y lo evitó atándose al mástil del barco y haciendo que sus compañeros se taponaran los oídos para no oírlos.

[272](#) Púa que usaban los antiguos para tocar instrumentos de cuerda.

[273](#) Monte de Tracia, región donde había nacido Orfeo.

[274](#) El Tártaro era la región más profunda del orbe, situada debajo del Hades, si bien terminó asimilándose con él, y las puertas del Hades o los Infiernos estaban vigiladas por el Cancerbero, perro de tres cabezas.

[275](#) Se refiere a las murallas de Tebas y a las rocas que acudían atraídas por la música de Anfión, quien con su hermano gemelo Zeto vengó a su madre Antíope del trato vejatorio por parte del rey de Tebas y su esposa.

[276](#) Músico y poeta de Lesbos que antes de ser tirado al mar por la tripulación del barco pidió tocar la cítara, y los delfines acudieron al oírle; uno de ellos le salvó llevándolo a la costa sobre su lomo.

[277](#) Los tres poetas cantaron al amor: Calímaco fue un poeta alejandrino del siglo III a. C., discípulo del griego Filitas, de Cos (isla del Egeo), y de Teos (Asia Menor) es Anacreonte, cantor del amor y del vino.

[278](#) Se refiere a Menandro, pues en sus comedias Geta es un nombre que da al personaje del esclavo.

[279](#) Ovidio cita a los tres poetas latinos que cultivaron la poesía elegíaca antes que él, en la misma época de Augusto.

[280](#) Poeta épico latino de la Galia, autor de las *Argonautae*.

[281](#) La hermana de Frixo es Hele, que al huir junto a él sobre el vellocino de oro cayó al mar y murió; el mar fue llamado Helesponto.

[282](#) Ovidio dedica este gran elogio a la *Eneida* de Virgilio.

[283](#) Río del olvido en el reino de los muertos.

[284](#) Se refiere a esta obra *Arte de amar*, dirigida a hombres y a mujeres.

[285](#) Alude a las *Heroidas*, compendio de cartas amorosas.

[286](#) Véase nota 150.

[287](#) Fuente del Aqua Virgo, en el Campo de Marte.

[288](#) El Tíber, a su paso por Roma.

[289](#) Alude al pórtico de Pompeyo en el mes de agosto, cuando el Sol se acerca en su carro al signo de Virgo.

290 Egipcias, por ser Paretonio una ciudad de Egipto. Se refiere a la batalla de Accio, donde Octavio venció a las naves de Cleopatra, pues Ovidio personifica en el dios Febo (Apolo) al emperador Augusto, que actuaba bajo su protección.

291 Alude a los pórticos de Octavia y de Livia, hermana y esposa, respectivamente, de Octavio Augusto.

292 Agripa, casado con Julia, hija de Octavio Augusto. Él mandó construir el pórtico de los Argonautas en recuerdo de sus victorias navales sobre Marco Antonio y Pompeyo.

293 Véase nota 24. Aconseja los mismos lugares que a los hombres.

294 Los teatros de Balbo, Pompeyo y Marcelo.

295 Aconseja asistir a los combates de gladiadores en la arena así como a las carreras de carros en el circo (la meta es el borde que debían rodear los aurigas con sus carros: véase nota 180).

296 Dos famosos músicos. El primero pertenece a la mitología y quiso competir con las propias musas. El segundo era de Atenas.

297 El cuadro más famoso del pintor griego Apeles (siglo IV a. C.) es su *Afrodita Anadiomene*: «Venus surgiendo de las aguas del mar».

298 Ennio (239-169 a. C.) fue un poeta romano que escribió comedias, tragedias, sátiras y la epopeya nacional *Annales*. Escipión el Africano fue un general romano que destacó en la Segunda Guerra Púnica: venció al cartaginés Asdrúbal y conquistó la Hispania meridional, y luego derrotó a Aníbal en el 202 a. C., dando fin a la guerra.

299 Fue encerrada en una torre por su padre el rey de Argos para que no tuviese hijos, pero Zeus la fecundó en forma de lluvia de oro y nació Perseo.

300 Véase nota 13.

301 Su esposa Hécuba soñó que daba a luz una antorcha que incendiaba Troya y entonces Príamo ordenó abandonar en el monte al hijo nacido, Paris, pero éste fue criado por un pastor y con el tiempo raptó a Helena, esposa de Menelao, y ello provocó la guerra de Troya.

302 Véase nota 26.

303 Atenienses, pues Cécrope fue el primer rey de Atenas.

304 Teseo no es de fiar, pues abandonó a Ariadna tras jurarle su amor.

305 Hijo de Teseo y, como él, abandonó también a su amada. Véanse notas 164 y 234.

306 Viene a decir que es imposible que la mujer se niegue al acto amoroso tras recibir regalos, tanto como que incurra en esas prohibiciones.

307 Era el distintivo de las mujeres casadas. Véase nota 10.

308 En el volcán Etna se localizaba la fragua de Vulcano, quien allí fabricaba las armas de los dioses y los rayos de Júpiter.

309 Tres hermanas de aspecto monstruoso, con cabellera de serpiente y ojos terribles que fulminaban con su mirada.

[310](#) Palas Atenea inventó la flauta pero la tiró lejos cuando vio cómo le afeaba la cara, al contemplar su reflejo en el río.

[311](#) Tecmesa es la esposa de Áyax, y Andrómaca, de Héctor.

[312](#) La vara de mando del que dirigía una centuria (centurión) era de vid.

[313](#) Son los nombres de las amadas cantadas por los poetas elegíacos latinos: Némesis, de Tibulo; Cintia, de Propercio; Licoris, de Galo, y Corina, del propio Ovidio en su obra *Amores*.

[314](#) Poetas de Aonia o Beocia, pues las musas o piérides residían en el monte Helicón, de Beocia. Concede así un carácter solemne a los poetas.

[315](#) Ovidio utiliza de nuevo el símil de la caza: rapaces, trampa.

[316](#) También al dirigirse a las mujeres emplea el símil militar.

[317](#) Ovidio recurre de nuevo al tópico literario del *exclusus amator*, pero siempre enriqueciéndolo con variaciones.

[318](#) Famosa cortesana de Atenas, del siglo IV a. C.

[319](#) Se refiere a la liberta: esclava que ha recibido la libertad en una ceremonia donde recibe unos golpes con la vara del pretor.

[320](#) Gigante que todo lo veía por tener cien ojos.

[321](#) Dánae. Acrisio era el rey de Argos. Véase nota 299.

[322](#) Antiguo instrumento musical de metal en forma de aro o de herradura y con varillas, que se hacía sonar agitándolo con la mano.

[323](#) Faros es una isla egipcia y la ternera es la diosa Isis. Véase nota 24.

[324](#) Otro nombre para designar a Baco y, por metonimia, el vino.

[325](#) Véase nota 283.

[326](#) Este tema lo había tratado al final del Libro Primero (véase pág. 59).

[327](#) En esta isla del mar Egeo, las mujeres descuidaron el culto a Afrodita (Venus) y ésta se vengó haciendo que despidieran mal olor, por lo que sus maridos las rehuían; entonces ellas los mataron de noche a todos.

[328](#) Hija del rey de Atenas y esposa de Céfalo. Ovidio inserta un verdadero *exemplum*: narración que sirve para apoyar su argumentación.

[329](#) Monte al sudeste de Atenas, famoso por su mármol dorado (por su contenido en hierro) y por su miel, procedente de su gran floresta.

[330](#) Toda esta descripción corresponde a la del *locus amoenus*.

[331](#) Véase nota 41.

[332](#) Mercurio, por ser natural de Cilene (Arcadia), donde tenía una montaña a él consagrada.

[333](#) Eran frecuentes los celos de Procris por las ausencias de Céfalo, que se internaba en el bosque para cazar: su pecho estaba siempre herido.

[334](#) Se refiere a la punta de los dedos en lugar de con toda la mano.

[335](#) Venus, véase nota 226.

[336](#) Véase nota 144.

[337](#) Andrómaca, natural de Tebas y esposa de Héctor.

[338](#) En las fuentes de mitología que nos han llegado no se habla de la madre de Filis, pero siendo ésta de Tracia, lugar de culto a Baco, viene a decir «mujeres de Tracia», identificándolas con las bacantes.

[339](#) Diosa protectora de la maternidad, identificada con Juno, la esposa de Júpiter.

[340](#) El pueblo de los partos solía montar de espaldas en el caballo cuando se daba a la fuga, para poder seguir disparando.

[341](#) En el templo de Delfos (al pie del monte Parnaso), la Pitia o Pitonisa de Apolo (Febo) pronunciaba los oráculos sentada en un trípode mientras inhalaba vapores. Amón era el dios egipcio al que se rendía culto en Tebas (que fue capital del Antiguo Egipto) y a menudo es representado con cabeza de carnero.

[342](#) Alude a la propia obra que está escribiendo: *Arte de amar*.

[343](#) El carro de Venus era tirado por cisnes que lo hacían volar.

LitEraTuRA
UNIVERSAL

CLÁSICOS

Títulos de la colección

Fiodor Dostoievski, *El jugador*
Gustavo Adolfo Bécquer, *Leyendas*
Gustavo Adolfo Bécquer, *Rimas*
Rosalía de Castro, *Follas novas*
León Tolstoi, *La muerte de Iván Ilich*
Charles Dickens, *Canción de Navidad*
Lewis Carroll, *Alicia en el país de las maravillas*
Lewis Carroll, *Alicia a través del espejo*
Nicolás Maquiavelo, *El Príncipe*
Ovidio, *Arte de amar*
William Shakespeare, *El mercader de Venecia*
Robert Louis Stevenson, *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*
Friedrich Nietzsche, *El Anticristo*
William Shakespeare, *El rey Lear*
Arthur Conan Doyle, *Las aventuras de Sherlock Holmes*
Oscar Wilde, *El retrato de Dorian Gray*
Oscar Wilde, *La importancia de llamarse Ernesto*
Friedrich Nietzsche, *La gaya ciencia*
Jack London, *Colmillo Blanco*
Franz Kafka, *La metamorfosis y otros relatos*

ISBN: 978-84-677-2676-3

www.susaeta.com